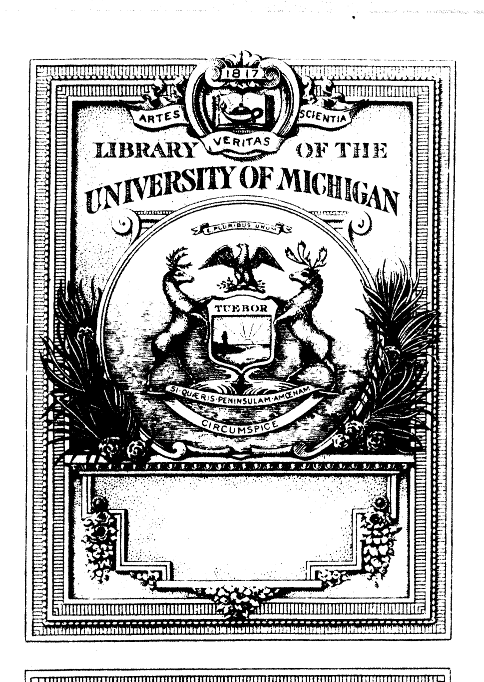
D Alonso de Ercilla

por

D Juan de Arguijo


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE

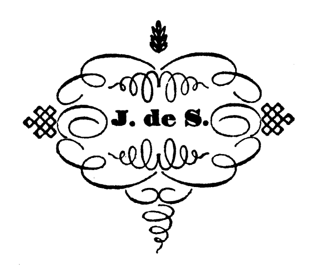
DON ALONSO DE ERCILLA.

DRAMA ORIGINAL

en cuatro actos y en verso,

POR

DON JUAN DE ARIZA.



Madrid.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1848.

PERSONAS.

DOÑA MARQUESA DE UGARTE, *madre de*

DOÑA MARÍA DE BAZAN.

BEATRIZ, *criada.*

DON JUAN DE AUSTRIA.

DON ALONSO DE ERCILLA.

GIL SANCHEZ BAZAN, *padre de doña María.*

EL CONDE DE LA SOMARO.

NUÑO, *escudero.*

UN NOTARIO.

UN CRIADO.

La escena en Madrid, y en casa de Gil Sanchez Bazan. Época 1570.

ACTO PRIMERO.

Salon en casa de Bazan adornado lujosamente, y con puertas colaterales y en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, *arreglando los muebles, y* NUÑO, *que la mira estático.*

BEATRIZ. ¿Por qué no trabajas? di.
Ese sitial... ¡Qué torpeza!
NUÑO. ¡Ay! Se me va la cabeza
cuando te miro.
BEATRIZ. ¿Sí?
NUÑO. Sí.
Siento una palpitacion
aqui...
(*Poniéndose la diestra sobre el corazon.*)
BEATRIZ. Loco estás.
NUÑO. Aleve.
Si vieras cómo se mueve,
y salta mi corazon.
BEATRIZ. Calle el viejo estrafalario.
NUÑO. ¿Con mi amor no te contentas?
BEATRIZ. ¿Contentarme? cuando cuentas
mas años que el calendario.
NUÑO. Asi con maduro seso
te adoraré sin engaños;
pues si soy hombre de años,
tambien soy hombre de peso.
BEATRIZ. Yo, con juicio no cabal,
esa gravedad detesto.

NUÑO. ¿Qué dices, Beatriz?
BEATRIZ. Que presto
arregles ese sitial.
Pues no es, Nuño, para risa,
mientras yo sudo y me afano,
verte mano sobre mano,
corriendo el arreglo prisa.
NUÑO. ¿Y por qué con tanto afan
hoy todo se arregla en casa?
¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa?
BEATRIZ. Que á vernos viene don Juan.
NUÑO. ¿Y mozo de tanta ley
es ese don Juan, que asi
por él se trabaja aqui?
BEATRIZ. Es el hermano del rey.
NUÑO. ¡El austriaco!
BEATRIZ. El capitan
de la guerra de Granada.
NUÑO. Beatriz, estás engañada.
BEATRIZ. No.
NUÑO. ¿A vernos viene don Juan?
BEATRIZ. Si.
NUÑO. (*Risueño.*) Te burlas: no me fio:
pues fuera estraño, por Dios,
que viniera por los dos
un príncipe de tal brio.
Es verdad que tus ojuelos... (*Afligido.*)
BEATRIZ. Calla, Nuño.
NUÑO. No te asombre,
que al fin el príncipe es hombre...
BEATRIZ. ¿Y qué?
NUÑO. Beatriz, tengo celos.
El príncipe te verá... (*Afligido.*)
BEATRIZ. Y á tí qué te importa...
NUÑO. ¡Oh!...
¡Beatriz, Beatriz, qué sé yo
lo que don Juan te dirá!
Es jóven, valiente, apuesto;
y juro... traidora suerte,
que vendrá solo por verte,
tomándome por pretesto.
BEATRIZ. Ja, ja, ja, ja; me sofoco

de risa : estamos medrados.
¿Venir á ver dos criados
un príncipe! Tú estás loco.

NUÑO. Tú has dicho...

BEATRIZ. Que, sus favores
queriéndoles dispensar,
viene su persona á honrar
la casa de los señores.

NUÑO. ¿Pero viene?

BEATRIZ. Sí.

NUÑO. Quedamos
en el mismo trance fiero.

BEATRIZ. ¿Por qué?

NUÑO. Te verá primero
quizás, Beatriz, que á los amos.

BEATRIZ. Necio estás.

NUÑO. Cruda batalla
siento, y horrible agonía.

BEATRIZ. Se acerca doña María.

NUÑO. ¿Te ocultarás?

BEATRIZ. No.

NUÑO. Infiel.

BEATRIZ. Calla.

ESCENA II.

BEATRIZ. NUÑO. DOÑA MARIA, *que sale de la habitacion de la izquierda profundamente distraida, y con una carta en la mano.*

BEATRIZ. Señora.

D.ª MARIA. ¿Quién!... ¿Acabaste
de arreglar este aposento?

BEATRIZ. Cumplí, señora, al momento
todo lo que me mandaste.

NUÑO. Contando con el favor...

BEATRIZ. ¿De quién?

NUÑO. Sin la menor duda
has contado con la ayuda
de este humilde servidor.

D.ª MARIA. Muy bien, Nuño. Que arreglar
tendreis fuera.

BEATRIZ. Sí, por cierto.
D.ª MARIA. Que el tiempo pasa te advierto.
BEATRIZ. Vamos á continuar. (*Vanse Beatriz y Nuño.*)

ESCENA III.

DOÑA MARÍA, *sentándose con la carta en la mano.*

Iman tiene este papel
que escribió Ercilla: mi alma
pierde, á su vista, la calma
y solo vive con él.
Canto de inmensa dulzura
escrito para mí es... no:
de la niña que dejó
habla con tanta ternura.
Y es verdad. Cuando se fue
por esos reinos estraños,
contaba yo nueve años,
y ocho han transcurrido á fé.
Pero fiel, de su semblante
guardo siempre la memoria;
y al esplendor de su gloria
lo descubro, aunque distante.
Radiantes sus sueños son;
lozana su fantasía;
y en ancho mar de poesía
boga un noble corazon.
En mi delirio profundo
lo hace tan grande mi anhelo,
que por dosel le da el cielo
y por pedestal el mundo.
El iman de este papel
arrastra hácia sí mi alma;
aun cuando pierda la calma
admire cuanto hay en él.

ESCENA IV.

DOÑA MARÍA *desdobla la carta, y comienza á leer: desde las primeras estrofas se presenta* ERCILLA *en la puerta del fondo, y se adelanta lentamente hasta colocarse junto á doña María.*

D.ª MARIA. (*Leyendo.*)
«Qué hija teneis, señora: cuán ligera,
sin que ajára su planta la flor leve,
la vi un tiempo triscar en la pradera.
Emulo de la corza, su pie breve
reposo no tomaba: ¡cuál latia
su seno virginal de rosa y nieve!
¡Cuántos años pasados como un dia!
De diez años no mas, de diez, señora,
á mis ojos está doña María;
niña siempre, traviesa y seductora...»
(*Deja de leer.*)
¿Será verdad, gran Dios!
ERCILLA. (*Adelantándose.*) Sí: yo lo juro,
por ese sol que vuestra frente dora.
D.ª MARIA. ¡Ercilla! (*Levantándose.*)
ERCILLA. ¿Mas sois vos! ¿Estoy seguro!
D.ª MARIA. La misma soy que en el jardin frondoso
respiraba el ambiente blando y puro
de fresca rosa, de jazmin precioso.
La misma soy.
ERCILLA. Paréceme mentira.
D.ª MARIA. ¿Tanto el rostro perdió?
ERCILLA. No: es mas hermoso.
D.ª MARIA. ¿Pero vos, que pulsabais blanda lira
sobre la alfombra matizada y bella
de esa Italia de amor, que amor inspira:
vos, que la patria desdeñais por ella,
cómo os hallais aqui?
ERCILLA. Vengo guiado
por la radiante luz de hermosa estrella.
En la region del Indio he peleado,
y el glorioso estandarte de Castilla
seguí con el arrojo de un soldado.
Tinta en sangre hasta el pomo la cuchilla,

á mi patria volví.
D.ª MARIA. Y en el momento
su hogar y sus amigos dejó Ercilla.
ERCILLA. Es verdad: se agitaba el pensamiento
en un contínuo afan: el alma inquieta
anhelaba escalar el firmamento:
¡y en estrecha prision siempre sujeta
otros mundos mas bellos descubria!
D.ª MARIA. ¡Qué hermosos sueños son los de un poeta!
ERCILLA. En alas de mi ardiente fantasía
al Dante y al Petrarca me acercaba,
y á la Italia corrí, doña María.
En Italia encontré lo que buscaba;
pero, con la codicia de un avaro,
cuanto mas encontré, mas codiciaba.
Entregado al estudio no reparo
que, los años gastando de la vida,
el afan de saber compro muy caro.
Pero una noche, en que la mar dormida
se arrastraba á mis pies, mansa gacela,
mientras en una torre carcomida
daba el grito de «*alerta*» un centinela;
y allá en la cumbre del Vesubio ardiente,
como en los mares la latina vela,
en altiva espiral resplandeciente
se alzaba llamarada destructora
con la forma y el silbo de serpiente:
el canto de la mar murmuradora
se apoderó de mi plácido sueño.
En éstasis purísimo una hora
y otra, y otra pasé: con su beleño
un Hada me tocó: dulces cantares,
en un vergel balsámico y risueño,
entonaban alegres, á millares
y en coro, los amantes ruiseñores
de mi suelo natal, del Manzanares.
Escuchaba sus cántigas de amores,
cuando brotar, á modo de azucenas,
vi mil bellas y mil entre las flores.
Con rosadas mejillas las morenas,
y ojos negros de fúlgidos destellos,
no inflamaban la sangre de mis venas.

En mil rizos flotaban sus cabellos,
y el ébano bruñido mas lucia
sobre el puro contorno de sus cuellos.
Mi sangre sin embargo no latía:
mas de repente floreció una sola,
y á sus plantas rindióse el alma mia.

D.ª MARIA. ¿Entonces?...

ERCILLA. A mis pies llegó una ola,
y al despertar...

D.ª MARIA. ¿Qué visteis?

ERCILLA. Una nave
pronta la vela á dar.

D.ª MARIA. ¿Nave española?

ERCILLA. Nave española, sí. Brisa suave
despejó de repente mis sentidos,
y la mar murmuró mas ronca y grave.
Crecieron de mi pecho los latidos,
la hermosa de mi ensueño recordando:
de nuevo el Manzanares, los floridos
prados de mi vision fueron pasando
ante mi vista en confusion estraña;
y mi querida patria presentando
mil encantos y mil, que en la campaña
de Nápoles no hallé.

D.ª MARIA. ¿No?

ERCILLA. De repente
dí la vuelta, señora, para España.

D.ª MARIA. Motivo singular.

ERCILLA. Lo sorprendente
es, que llegado á la soberbia villa
trono del nuevo imperio de occidente,
siendo asiento del trono de Castilla,
encontré la hermosura encantadora
que en sueños admirára.

D.ª MARIA. ¿En dónde, Ercilla!

ERCILLA. En donde...

ESCENA V.

DOÑA MARIA. ERCILLA. DOÑA MARQUESA, *por la derecha, vestida de corte.*

D.ª MARQUESA. ¡Don Alonso!

ERCILLA. ¡Mi señora!

D.ª MARQUESA. Me causa vuestra venida
con razon sorpresa harta.
Me escribísteis...

ERCILLA. Y en la carta
no hablaba de mi partida;
porque cuando la escribí
constante estaba en mi empeño.

D.ª MARIA. Debemos su vista á un sueño.

D.ª MARQUESA. ¿A un sueño nada mas?

ERCILLA. Sí.

D.ª MARQUESA. Contádmelo.

ERCILLA. Largo es,
y de solucion estraña.
Hablemos antes de España.

D.ª MARQUESA. ¿Y vuestro ensueño?

ERCILLA. Despues.
Disimulad mi sorpresa,
pero en un trage estais hoy...

D.ª MARQUESA. Dama de la reina soy.

ERCILLA. Pláceme, doña Marquesa.
Encontraba en vuestro porte
un no sé qué cortesano.

D.ª MARQUESA. Que disimulára en vano
con quien crecido en la corte,
como vos, Ercilla...

ERCILLA. Sí;
mas crecí con tal estrella,
que aunque muy niño entré en ella
la corte no ha entrado en mí.

D.ª MARQUESA. Tan insigne trovador
antes debiera llegar,
para en rimas celebrar
las bodas de su señor.

ERCILLA. Al rey Felipe segundo
sirvo desde la niñez,
y juntos, mas de una vez,
corrimos parte del mundo.
Yo, esclavo de mi pasion,
con afan busqué inaudito
todo viejo manuscrito,
toda reciente impresion.

Y mientras los cortesanos
hallaban en sus favores
rentas, dictados y honores,
yo, con libros entre manos,
me presentaba triunfante,
hecho creyendo mi *agosto*,
con el ROLDAN de *Ariosto*
ó la COMEDIA del *Dante.*
Crecí, la mente inflamada
con los libros que leia,
y á mis tomos de poesía
uní una cortante espada.
Seguí mi nueva pasion
tan constante como ufano,
y á espaldas del occéano
llegué al mundo de Colon.
Sabrosa vida pasé.
Soldado, durante el dia
como bueno combatia:
vate, de noche canté.
Y en vez de cerrar los ojos
bajo la tupida malla,
en el campo de batalla,
entre sangrientos despojos,
y á los lúgubres conciertos
de ayes y cantos festivos,
ya retrataba á los vivos,
y ya cantaba á los muertos.

D.ª MARQUESA. ¡Don Alonso!

ERCILLA. Para mí
la América su oro en cobre
trocó: la saludé pobre,
y pobre á España volví.
Mas no fue mi empresa vana:
mis esperanzas cumplidas
vi, ganando mis heridas
y trayendo mi *Araucana.*
¡Ay! sus hojas de papel
no son el mejor adorno
pára los que estan en torno
de tan brillante dosel.
Y aunque nada me incomoda

mi pobreza, ni me humilla,
sin don Alonso de Ercilla
bien habrá estado la boda.

D.ª MARQUESA. ¿Estais resentido?

ERCILLA. No.

D.ª MARQUESA. Por olvido ó por malicia
os tratan con injusticia.

ERCILLA. Nunca tal dijera yo.
Y hasta de mi honor ofensa
lo juzgo; tal es mi ley.
¡Mal haya quien sirve al rey
por recibir recompensa!
Pero no hablemos de mí.
¿Brillantes fueron las fiestas?

D.ª MARQUESA. Nunca, Ercilla, como estas
en nuestra corte las vi.
Para conservar sus fueros
de blason y de opulencia,
luchaban en competencia
naturales y estrangeros.
Distinguiéndose, entre el raro
concurso de mil galanes
italianos y alemanes,
el conde de la Somaro. (*Con intencion.*)

ERCILLA. En Nápoles lo traté.

D.ª MARQUESA. Es mancebo aventajado.

ERCILLA. Bastante rico en estado.

D.ª MARQUESA. Y en discrecion.

ERCILLA. No lo sé.
(*Mirando á las damas con afan.*)

D.ª MARQUESA. Por discreto y por galan
reina en la corte de España.

D.ª MARIA. Quizás la corte se engaña.

ERCILLA. (*Con impaciencia.*)
¿Tardará mucho Bazan?

D.ª MARQUESA. No, don Alonso.

ERCILLA. Deseo
contra mi seno estrecharle;
y ademas tengo que hablarle.

D.ª MARIA. Que llega mi padre creo.

ESCENA VI.

DOÑA MARIA. ERCILLA. DOÑA MARQUESA. DON JUAN. BAZAN, *que viendo á don Alonso se arroja en sus brazos.*

BAZAN. ¡Don Alonso!
ERCILLA. ¡Bazan!
BAZAN. ¡Amigo!
ERCILLA. ¡Amigo!
BAZAN. (*A don Juan.*)
Perdonad, gran señor, si irreverente...
D. JUAN. Pláceme ser testigo
de amistad tan probada y tan ardiente.
Proseguid dándoos pruebas de terneza,
siempre consoladoras,
mientras rindo tributo á la belleza
y cabal discrecion de estas señoras.
D.ª MARQUESA. Como quien es nos honra vuestra alteza.
ERCILLA. ¡Su alteza!
BAZAN. Reconoce, amigo mio,
al héroe cuya espada,
y cuyo marcial brio
sujetó á los moriscos de Granada.
ERCILLA. A vuestros pies, señor. (*Arrodillándose.*)
D. JUAN. Alzad, hidalgo.
¿Tu nombre me dirás?
ERCILLA. Alonso Ercilla.
D.ª MARQUESA. El soldado cantor.
D. JUAN. De cuanto valgo
dispon, ilustre vate de Castilla.
ERCILLA. ¡Tanto honor!
D. JUAN. Don Alonso, escasa muestra
del que debiera hacerte.
ERCILLA. Nunca merecí tal.
D. JUAN. Esta es mi diestra,
(*Presentándosela.*)
tómala: no vaciles. Noble y fuerte
es, Ercilla: tendiéndote mi mano,
me declaro tu amigo hasta la muerte.
ERCILLA. Gran señor...
D. JUAN. Esta oferta no hago en vano.
Tan bien como la péñola el acero

manejas, don Alonso: soy tu hermano,
si por lo vate no, por lo guerrero.
Muy bien cumples, Bazan: solo creía
hallar en tu tranquilo alojamiento
una flor de beldad, doña María,
y en tu esposa de gracias un portento:
pero tú, por si poco lo creía,
en Ercilla me ofreces el talento.
Te agradezco en el alma la fineza.

BAZAN. Cuán generoso y bueno es vuestra alteza.
De vuestra noble estirpe soberana,
bien mostrais la grandeza
dones á mi familia dispensando,
y no menos honrando
al ilustre cantor de la *Araucana*.

ERCILLA. Dones de precio tal, que no hay tesoro
en los mundos sujetos á Castilla
á pagarlos bastante.

D. JUAN. Una amistad constante
valdrá mil y mil veces mas que el oro
para el alma de Ercilla.
¿Pero cuándo, señora, (*A doña María.*)
admirará la corte,
al par de una belleza seductora,
vuestro gallardo y distinguido porte?
(¡Vive Dios que su rostro me enamora!)

D.ª MARIA. Cuando nuestra benigna soberana,
señor, me llame á ella.

D. JUAN. Vos, por noble y por bella,
dama debiérais ser de doña Ana.

D.ª MARIA. Su màgestad, señor, honor tan alto
á mi madre y señora dió benigna.

D. JUAN. De igual honor sois digna.
Pero quizás á lo que os debo falto,
(*A doña marquesa.*)
prolongando mi estancia.

D.ª MARQUESA. Mas con ella colmais vuestros favores.

D. JUAN. Cuantos á mí se acercan son testigos
de que, con gran constancia,
en vez de mercenarios servidores,
busco á mi alrededor buenos amigos.

BAZAN. Quién mas que yo lo sabe.

D. JUAN. (*A doña marquesa.*) Mi venida
os detuvo quizás.
D.ª MARQUESA. No. Vuestra alteza
puede, señor...
D. JUAN. De corte estais vestida,
y por la gentileza
proverbial castellana
no puedo permitir que un solo instante
os espere por mí mi noble hermana.
D.ª MARQUESA. Si os place asi, señor...
D. JUAN. En adelante
procuraré ganar, y con usura,
los instantes que pierdo
de rendir homenaje á la hermosura.
(*Despidiéndose.*)
BAZAN. Ercilla, queda en paz.
D. JUAN. Bazan, recuerdo,
(*Deteniéndose.*)
que un jóven italiano
cita te dió.
BAZAN. Es verdad.
D. JUAN. Cumplirla debes.
BAZAN. Antes debo serviros.
D. JUAN. Es en vano.
BAZAN. Mi deber...
D. JUAN. Lo repito: no te mueves.
BAZAN. ¿Y vuestra alteza á la mitad del dia
solo habrá de salir?
D. JUAN. Bazan, me obligo
á marcharme en muy buena compañía,
si no lo tiene á mal mi nuevo amigo.
(*Señalando á Ercilla, que lo sigue.*)
(Loco me ha de volver doña María.)

ESCENA VII.

DOÑA MARIA, *retirada y pensativa.* DOÑA MARQUESA. BAZAN.

BAZAN. Famosa marcialidad
la de ese jóven augusto,
cuyas gloriosas hazañas
admira y aplaude el mundo.

Con sus favores, señora,
estoy radiante de orgullo.

D.ª MARQUESA. A recibirlo, señor,
me apresuro como es justo,
dándole mil y mil muestras
del respeto mas profundo;
pero su amistad podria
perjudicarnos, y mucho;
que á los amigos del príncipe
no ama Felipe segundo.

BAZAN. Eso dicen las livianas
murmuraciones del vulgo;
pero el rey muy obligado
está á don Juan: por su influjo
los moriscos de Granada
doblaron la frente al yugo,
y ha de marchar muy en breve
á comandar contra el turco
una poderosa armada,
que preparan de consuno
el Santo Padre, españoles
y venecianos.

D.ª MARQUESA. Discurro,
que solo por alejarlo
del cortesano tumulto
el mando le dan.

BAZAN. Señora,
dejemos estos discursos,
que es lo mejor: en mi casa
al rey se nombra con sumo
respeto; se le obedece,
sin examinar si justos
ó no son sus mandamientos;
y no está bien que al confuso
rumor de gentes ociosas
unamos el nuestro.

D.ª MARQUESA. Abundo
en tu opinion; y un instante
hablarte quiero.

BAZAN. Soy tuyo.

D.ª MARQUESA. María.

D.ª MARIA. Señora. (*Acercándose.*)

D.ª MARQUESA. A mi cámara.
pasa un momento.
(*Doña María se va por la derecha.*)

ESCENA VIII.

DOÑA MARQUESA. BAZAN.

BAZAN. (*Sentándose.*) Ya escucho.
D.ª MARQUESA. (*Idem.*)
Hace un año que María
cumplió, Gil Sanchez, tres lustros,
y todos, señor, comparan
su fresca tez al capullo,
y lo esbelto de su talle
á lo flexible del junco.
BAZAN. Soy padre, doña Marquesa,
y que conozco presumo
de pintura tan cabal
lo correcto del dibujo.
Proseguid pues.
D.ª MARQUESA. Su nobleza...
BAZAN. Es la nuestra; y te interrumpo
por abreviar.
D.ª MARQUESA. Su fortuna...
BAZAN. Es algo escasa en escudos.
D.ª MARQUESA. Me has comprendido. Que á todos
conviene casarla juzgo.
BAZAN. Señora, cuando convenga
no me opondré.
D.ª MARQUESA. En tiempo alguno
pudiéramos encontrar
mas bella ocasion.
BAZAN. Lo dudo.
D.ª MARQUESA. Al saber las reales bodas,
y por un comun impulso,
cien nobles pagar quisieron
á la magestad tributo.
BAZAN. Lo he presenciado.
D.ª MARQUESA. Bazan,
¿no es el momento oportuno
de entre tantos estrangeros

como han llegado en concurso,
buscar un esposo?...

BAZAN. Basta.
Te comprendo, y te pregunto.
¿Desde qué tiempo las hembras
de Castilla, cuyos puros
nombres calumniar no osa
labio pérfido ó inmundo,
no encuentran en patrio suelo
quienes nombres de los suyos
dignos las den, y á buscarlos
van á otros reinos?

D.ª MARQUESA. El nudo
conyugal calma, señor,
aun los odios mas profundos;
y quien se casa estrangero...

BAZAN. Tambien estrangero el fruto
hará de su amor.

D.ª MARQUESA. Ó él mismo
la nueva patria con júbilo
abraza, parte sus glorias,
viste sus fúnebres lutos,
y...

UN CRIADO. (*Anunciando.*)
El conde de la Somaro.

BAZAN. Ya lo esperaba.

ESCENA IX.

DOÑA MARQUESA. BAZAN. EL CONDE.

CONDE. Saludo
al noble Gil de Bazan,
y á nombre de la condesa
mi madre, doña Marquesa,
os saludo.

D.ª MARQUESA. Tan galan
como siempre.

CONDE. Es un favor
que bondadosa me haceis.

BAZAN. Aqui, conde, me teneis.

Si os place, tendré el honor
de escucharos.
D.ª MARQUESA. ¿La visita
del conde esperabas?
BAZAN. Sí.
D.ª MARQUESA. ¿Cómo?
CONDE. Una cita le dí,
y vengo á cumplir mi cita.
BAZAN. A secreta conferencia
me invitó, y á ella responde
viniendo.
D.ª MARQUESA. Saludo al conde..
(Vase por la derecha.)
CONDE. Siento mucho vuestra ausencia.

ESCENA X.

BAZAN. EL CONDE.

BAZAN. Solos estamos, y hablar
sin mas demora podemos.
CONDE. Dos sitiales acerquemos. *(Lo hacen.)*
BAZAN. Vamos pues.
CONDE. Voy á empezar.
Creyera, Bazan, ultrage
propio, aunque está en mi memoria,
una detenida historia
haceros de mi linage.
Demasiado conocido
es, por su misma grandeza,
y así pruebo mi nobleza
pronunciando mi apellido.
Madre, desde la niñez,
fue para mí la fortuna,
puesto que desde la cuna
soy noble y rico á la vez.
Bien conocido es mi porte
en propia y estraña tierra;
sino soy hombre de guerra,
paso por hombre de corte.
Con todo, ciño una espada,

y tiene mi brazo brio
para dar en desafio
una soberbia estocada.
Por lo narrado estais viendo
que hombre soy de cuenta...

BAZAN. A fé
de hidalgo aseguro, que
mal el relato comprendo.
Y la razon es muy llana:
¿qué tengo que ver, por Dios,
con que vástago seais vos
de antigua cepa italiana?
Con vuestra opulencia y porte
pensais, que mas que la guerra
haciendo por mar y tierra,
podreis medrar en la corte.
Yo tengo opinion muy alta,
conde, de todo guerrero;
y una cicatriz prefiero
á la mejor cruz de Malta.
Siendo tan noble, es muy llano
que debeis tener valor
para vengar vuestro honor
con una espada en la mano.
Pero no sé lo que os mueve
á hablarme de ello.

CONDE. Esperad
y lo sabreis.

BAZAN. La bondad
tened de ser algo breve.

CONDE. De Nápoles á Madrid
vine, con el solo intento
de asistir al casamiento
del rey.

BAZAN. Lo sé; proseguid.

CONDE. No hallé admirable grandeza
ni cortesanos placeres;
pero sí encontré mugeres
de una singular belleza.
Como en Italia, feliz
de amor me llevó el torrente.

BAZAN. ¿Me vais á hacer confidente

de algun liviano desliz?

CONDE. No, Bazan. Quiso mi estrella,
no sé si fausta ó fatal,
que una muger celestial
encontrára, pura y bella.

BAZAN. (*Impaciente.*)
Si abreviárais...

CONDE. No os aflija
mi digresion, será corta.

BAZAN. Vamos, conde, á lo que importa.

CONDE. Bazan, amo á vuestra hija.

BAZAN. (*Con frialdad.*)
Lo sospechaba.

CONDE. Y no en vano
habrá crecido mi amor,
si me haceis el alto honor
de concederme su mano.
¿No me respondeis?

BAZAN. A fé
que no encuentro la respuesta.

CONDE. Es facil.

BAZAN. Recibid esta.
«Conde, lo meditaré.»

CONDE. Bazan, esa dilacion...

BAZAN. Es indispensable, conde.

CONDE. Mal asi se corresponde
á mi franca peticion.

BAZAN. Padre de doña María
soy; como á tal, me acomoda
meditar mucho su boda
con razon severa y fria.

CONDE. A Dios juro, que creí,
presentando mi propuesta,
merecer una respuesta
mas satisfactoria...

BAZAN. ¿Sí?

CONDE. Porque á nobles, como yo,
sin demora se responde.

BAZAN. ¿Urge la respuesta, conde?

CONDE. Urge.

BAZAN. Es muy sencilla: *No.*

CONDE. La esperaba; y aunque tenga

en mucho tan bella mano,
sabed que soy italiano,
y un italiano se venga.
(*Dirigiéndose á la puerta del fondo.*)

BAZAN. (*Deteniéndolo.*)
¿Quereis vengaros?

CONDE. Lo espero.

BAZAN. Bien. En cualquiera ocasion
aqui está mi corazon,
y aqui está, conde, mi acero.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARQUESA, *que entra por la puerta del fondo en trage de corte, y* DOÑA MARIA *por la de la izquierda.*

D.ª MARIA. ¡Pálida veñis, turbada!
¿Qué ha sucedido, señora?
D.ª MARQUESA. Mis mas dulces ilusiones
miro perdidas y rotas.
D.ª MARIA. ¿Qué ha sucedido?
D.ª MARQUESA. Pensaba
en una envidiable boda
para tí, que á todos diera
á la par riqueza y honra;
y cuando mas este sueño
halagaba mi memoria,
de un solo golpe tu padre
tan brillante ilusion corta.
D.ª MARIA. No os aflijais, madre mia.
Yo soy bastante dichosa
en el paternal albergue,
y no ambiciono otra gloria
que vivir por mucho tiempo
como estoy viviendo ahora.
Tranquilizaos.
D.ª MARQUESA. No: la reina,
que conmigo bondadosa
ha sido siempre, queria
ver honrada tu persona

con un título brillante.
D.ª Maria. ¿Con un título!
D.ª Marquesa. Que todas
las damas envidiarian,
profundamente celosas.
D.ª Maria. No os comprendo.
D.ª Marquesa. Y por desgracia,
no han transcurrido tres horas,
que el conde de la Somaro
pidió tu mano de esposa.
D.ª Maria. ¿El conde?
D.ª Marquesa. Sí.
D.ª Maria. ¿Mi buen padre?...
D.ª Marquesa. Se la negó, y es notoria
en el cuarto de la reina
su desgracia.
D.ª Maria. ¿Quién tan pronta
noticia dió?
D.ª Marquesa. El mismo conde,
que la proteccion implora
de su magestad.
D.ª Maria. ¿Qué quiere?
D.ª Marquesa. Conseguir á toda costa
tu mano; y para que obtenga
una cumplida victoria,
yo le ayudaré; y tú misma
harás que tu padre oponga
menos decidida y fuerte
esa voluntad de roca
que lo distingue.
D.ª Maria. ¡Jamas!
D.ª Marquesa. ¿Qué dices!
D.ª Maria. Que admiren otras
del conde de la Somaro
donaire, belleza y pompa;
que mendiguen sus sonrisas
altaneras ó burlonas,
y quemen ante las aras
del ídolo de la moda
incienso; pues yo prefiero
á tanto esplendor, la sombra,
y á su donaire italiano

la gravedad española.
D.ª MARQUESA. Preferirás, hija mia,
seguir dócil y juiciosa
mi voluntad.
D.ª MARIA. La de un padre
está de la vuestra en contra.
D.ª MARQUESA. ¿Y tú?...
D.ª MARIA. Sumisa obedezco,
sin dolor y sin zozobra,
sus órdenes.
D.ª MARQUESA. ¿Y las mias
resistes?
D.ª MARIA. Harta congoja
me causa hacerlo.
D.ª MARQUESA. Y con todo,
mal aconsejada ó loca,
á la voluntad resistes
de una madre cariñosa.
D.ª MARIA. Es mi destino.
D.ª MARQUESA. María,
yo tambien voluntad propia
tengo; en mas de una ocasion
ha salido vencedora
de la de Bazan: luchemos,
ya que sin temor me enojas.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA II.

DOÑA MARIA.

¿En dónde encontraré, en dónde,
amparo contra mi suerte!
Nadie á mi queja responde...
¿Esposa ser yo del conde?
¡Mil veces antes la muerte!
Tan niña, y dolor agudo
me acosa con su rigor.
¿Quién me salvará? Qué dudo.
Tengo en mi padre un escudo,
y él será mi defensor.
(*Pausa.*)

¿Flor sin brillante matiz,
á tan ominoso yugo
he de doblar la cerviz?
Menos pena el infeliz
que la dobla ante el verdugo.
Resistiré: el corazon
en su oculto fondo siente
el fuego de una pasion;
y late altivo, valiente,
con noble resolucion.
(*Pausa.*)
¿Qué me sucede? ¡Dios mio!
Ya lánguida y desmayada
pierdo esperanzas y brio:
ya fuerte, determinada,
los peligros desafio.
Muger soy para luchar;
muger soy para sufrir;
y en tan agudo penar,
no sé si podré morir,
¡oh Dios! con tanto llorar.

ESCENA III.

DOÑA-MARIA. ERCILLA.

ERCILLA. Señora... ¿Enjugais el llanto!
¿Qué os aflige? ¿Qué teneis?
¿Qué causa vuestro quebranto?
¿Un amigo en mí no veis?
D.ª MARIA. Ercilla, sí.
ERCILLA. Y tardais tanto
en decirme la congoja
que vuestro llanto arrancó.
D.ª MARIA. Estais engañado.
ERCILLA. No.
Húmeda la tez y roja
teneis.
D.ª MARIA. Por acaso.
ERCILLA. ¡Oh!
D.ª MARIA. Y quién sabe: en un momento
se preocupa el pensamiento;

y tal vez...

ERCILLA. Señora, si...
¡Ay! ¿Si vierais lo que siento,
en este momento, aqui?
(*Llevando la diestra al corazon.*)
Tendreis mucho en que pensar:
se ocupa la corte toda
de una boda... singular.

D.ª MARIA. ¿Qué habeis dicho de mi boda!

ERCILLA. Señora, ¿os causa pesar!

D.ª MARIA. ¿Pero qué sabeis?

ERCILLA. Que un conde,
bastante rico en estado,
vuestra diestra ha deseado.

D.ª MARIA. Y tambien sabreis en dónde,
Ercilla, se la han negado.

ERCILLA. ¿Se la han negado! Volveis
la razon á un insensato.

D.ª MARIA. ¿Qué os sucede? ¿Qué teneis?

ERCILLA. Señora, ¿no comprendeis
este violento arrebato?

D.ª MARIA. ¡De tan estraña alegría
sepa la causa por Dios!

ERCILLA. La que en mi ensueño veia
erais vos, doña María.

D.ª MARIA. ¿La del ensueño!...

ERCILLA. Erais vos.
Por vos la Italia dejé:
por vos á España corrí:
con vos, señora, soñé,
y cuando me desperté
mucho mas hermosa os vi.
Por vos rompí mis cadenas:
por vos surqué nuevas mares:
y arde hoy mas fuego en mis venas,
que cuando os vi entre azucenas
á orillas del Manzanares.

D.ª MARIA. Ercilla...

ERCILLA. Vos el tesoro
sois, que tanto codicié:
y mi cítara de oro
por vos, señora, pulsé.

D.ª MARIA. ¿Qué me decís!
ERCILLA. Que os adoro.
D.ª MARIA. Callad.
ERCILLA. Horribles desvelos
desvanecieron mi calma,
y entre congojosos duelos
el torcedor de los celos
daba tormento á mi alma...
¿Pero en mi loca alegría
puedo asegurarme yo
que no os cansa mi porfia?
¿Me amais por vantura?
D.ª MARIA. ¡Oh!
ERCILLA. Responded, doña María...
¿Por qué los ojos bajais?
¿Por qué, abatida la frente,
ni aun siquiera me mirais?
Responded.
D.ª MARIA. No reparais
que es mi silencio elocuente.
ERCILLA. ¡Ah! de duda puede ser.
Síntoma de crudo agravio,
y aun de celestial placer.
D.ª MARIA. Tímido se mueve el labio
de enamorada muger.
ERCILLA. ¡Señora!
D.ª MARIA. Tambien en sueños
una y mil veces os vi
en éstasis halagüeños;
y en verdes prados risueños
vuestras endechas leí.
Trémulo el labio sentía
al pronunciar vuestro nombre,
y mi corazon latía.
ERCILLA. ¡Ay! De placer, no os asombre,
me matais, doña María.
D.ª MARIA. ¿El placer puede matar?
ERCILLA. Sí, que en algunos instantes,
despues de mucho penar,
no tiene fuerzas bastantes
el alma para gozar.
Despues de larga amargura

y de perpetuo sufrir,
puede matar la ventura.

D.ª MARIA. ¡Cuán dulce será morir
á impulso de la ternura!

ERCILLA. ¿Por qué morir? de improviso
echar al pasado un velo,
y libres de todo duelo
cruzar por un paraiso
para asentarse en un cielo.
Y allí...

D.ª MARIA. ¡Ercilla!

ERCILLA. ¡Cuánto amor
nuestras almas beberán!
Libres de todo temor,
sin zozobras amarán
con inestinguible ardor.
¡Oh! miradme. En un esceso
de amor doblo la rodilla, (*Arrodillándose.*)
agobiado con su peso.
Sea nuestro lazo este beso...
(*Besándola la mano.*)

D.ª MARIA. ¿Qué haceis? ¡Por piedad!

ESCENA IV.

DOÑA MARIA. ERCILLA. BAZAN.

BAZAN. ¡Ercilla!

ERCILLA. Bazan. (*Alzándose.*)

BAZAN. Te encuentro de hinojos,
y... trémula está María.

ERCILLA. Freno pon á tus enojos.

BAZAN. ¿Me han engañado mis ojos?

ERCILLA. No, Bazan, por dicha mia.

BAZAN. De misterio tan estraño
la esplicacion mucho tarda,
quizás de mi honor en daño.

ERCILLA. Te engañas.

BAZAN. Pues si me engaño,
habla, don Alonso.

ERCILLA. Aguarda.
Señora, os ruego rendido

que nos dejeis.

D.ª MARIA. ¿Padre?...

BAZAN. Vé.

(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA V.

ERCILLA. BAZAN.

ERCILLA. ¿Mis razones has oido?

BAZAN. No. De tu labio sabré
el cómo me has ofendido.

ERCILLA. ¿Antes de entrar, breve rato
no escuchaste...

BAZAN. Siempre entro
en mi casa sin recato;
y si ofendido me encuentro,
á la faz del cielo mato.
Pero discusion trabada
tenemos, de la honra en mengua,
sin haber resuelto nada.
Desata pronto la lengua,
ó desenvaina la espada.

ERCILLA. No me enoja tu furor,
Bazan; pues la culpa mia
bien merece tu rigor.

BAZAN. ¿Qué has hecho? ¡Acaba!

ERCILLA. Mi amor
declaré á doña María.

BAZAN. ¿Tu amor!

ERCILLA. Qué quieres. Al verla
senti, agitada y ardiente,
subir la sangre á mi frente;
que es pura, como una perla
nacida en la mar de oriente.
Pretendi domar en vano
mi pasion; y ahora, Bazan,
juro á fé de castellano
que iba á pedirte su mano
cuando me llevó don Juan.
Enamorado salí;
enamorado, despues

en esta estancia la vi;
y por mas que resistí
amor me puso á sus pies.
Estas mis escusas son.
Si afloja los dulces lazos
de tu amistad mi pasion,
arráncame el corazon.

BAZAN. Ven, don Alonso, á mis brazos.
(*Se abrazan.*)

ERCILLA. Noble nací: mi riqueza
sabes muy bien que es escasa.

BAZAN. No aspiro á mayor grandeza;
me basta con tu nobleza,
y tuya será mi casa.

ERCILLA. Mis padres poco medraron;
pero sangre sin mancilla,
de la mejor de Castilla,
por herencia me dejaron.

BAZAN. El mundo lo sabe, Ercilla.
Démonos el parabien,
pues nos honramos los dos.

ERCILLA. ¿Quién honra, Bazan, á quién?

BAZAN. Estás conmovido. Ven.
(*Llevándolo hácia la derecha.*)
Pero ella llega, por Dios.

ESCENA VI.

ERCILLA. BAZAN. DOÑA MARQUESA, *por la derecha.*

D.ª MARQUESA. Despues de tan larga ausencia,
Ercilla, mucho me place
ver que como en otro tiempo
atravesais mis umbrales.

ERCILLA. Siempre hallé en este recinto
mis mas sabrosos solaces;
pero nunca tanta dicha
tuve como en este instante.

D.ª MARQUESA. Bien merece ser dichoso
quien dicha á los demas trae.

BAZAN. Y para que todo sea,
doña Marquesa, agradable,

te presentas cuando íbamos
espresamente á buscarte.

D.ª MARQUESA. ¿A buscarme?

BAZAN. Sí: recuerdo
no hace mucho me indicaste,
que á todos nos convenia
no dilatar el enlace
de aquella á quien el ser dimos.
Yo repuse, que en su padre
nunca obstáculo hallaria
para que se realizase
la boda.

D.ª MARQUESA. Y al poco tiempo
abiertamente rehusaste
un ventajoso partido.

BAZAN. Porque no lo hallé bastante.
Y es la mejor prueba, que
poco despues, sin que nadie
me estimulára, á un hidalgo
de antiguo y noble linage
la hermosa mano otorgué
que habia negado horas antes.

D.ª MARQUESA. ¿Su nombre?

BAZAN. Alonso de Ercilla.

D.ª MARQUESA. ¿Vos!

ERCILLA. Yo, señora. No en balde
surqué la mar, y las playas
floridas dejé de Nápoles,
cuando aqui tan gran fortuna
estaba para encumbrarme.
Yo soy el feliz mortal
que honor recibe tan grande,
y que podrá en breve daros
el dulce nombre de madre.

D.ª MARQUESA. Don Alonso, y vos, Bazan,
¿me permitireis que aplace
esta boda?

ERCILLA. Haced, señora,
por mí lo que mas os cuadre;
pues aunque amante impaciente
las tardas horas arrastre,
justo es que tanta ventura

con algunas penas pague.
BAZAN. Aunque lo apresureis mucho,
se hará para mí muy tarde.
ERCILLA. ¡Bazan!...
D.ª MARQUESA. Estais conmovido. (*A Ercilla.*)
ERCILLA. Sí: permitid que un instante
quede solo. Mis ideas
se agitan, mi pecho late,
y, como un volcan, mi frente
con fuego escondido arde.
Soy feliz; y con mi dicha
solo quiero estar. (*Despidiéndose.*)
BAZAN. ¿Marcharte
pretendes?
ERCILLA. Sí. Por favor,
vos, señora, dipensadme;
que mi pecho necesita
para respirar mas aire. (*Vase.*)

ESCENA VII.

BAZAN. DOÑA MARQUESA.

BAZAN. Quiero que la boda pronto
se verifique.
D.ª MARQUESA. No obstante
sufrirá las dilaciones
que sean indispensables.
BAZAN. Una firme voluntad
las abrevia.
D.ª MARQUESA. Señor, sabes
que ocupamos en la corte
empleos muy respetables,
y que...
BAZAN. Sé, doña Marquesa,
que has hecho varios alardes
de autoridad, pretendiendo,
mas de una vez, dominarme.
Esto sé, y ademas juzgo
que miras de mal talante
esta union: si asi es, prefiero
que con franqueza me hables,

pues de enemigos ocultos
solo temo los ataques.
D.ª MARQUESA. Admito el reto.
BAZAN. ¿Lo admites?
D.ª MARQUESA. Sí. Yo juzgaba importante
casar á doña María
con el Conde; tú burlaste,
por mera preocupacion,
mis bien concertados planes.
Pasan horas, y prefieres
enlazarla con un vate
célebre, con un soldado
distinguido en varios lances
de amor y de guerra, pero
de tan escasos caudales,
que por haberla perdido
con honor en los combates,
soy justa, ni en abundancia
puede dar su propia sangre.
Tú á Ercilla defiendes, yo
tomo del Conde la parte,
y en su abono he de seguir
de cruda guerra los trances.
BAZAN. ¿Acabaste ya?
D.ª MARQUESA. Acabé.
BAZAN. Pues sabe Dios que acabaste,
porque yo mismo, señora,
fuí la causa de que hablases.
Que á no serlo, probaria
á las mugeres de Ugarte,
que deben tener respeto
á sus esposos Bazanes.
UN CRIADO. El Conde de la Somaro.
BAZAN. ¡El Conde aqui!

ESCENA VIII.

BAZAN. DOÑA MARQUESA. EL CONDE.

CONDE. No os alarme...
BAZAN. Sea el Conde muy bien venido.
De que alarmarme no tengo.

CONDE. Pues con una mision vengo...
BAZAN. A todo estoy prevenido.
CONDE. Escuchadme, pues.
BAZAN. Hablad.
D.ª MARQUESA. ¿Si hacerlo á solas quereis...
(*En ademan de retirarse.*)
CONDE. Señora, no os molesteis. (*Deteniéndola.*)
Os llama su magestad. (*A Bazan.*)
BAZAN. ¿Su magestad?
CONDE. Sí. Y el rey
veros quiere con premura.
BAZAN. Conde, Bazan se apresura
á reverenciar su ley.
CONDE. Id pronto, porque interesa
que al soberano veais.
BAZAN. ¿Y vos no me acompañais?
CONDE. Quedo con doña Marquesa.

ESCENA IX.

DOÑA MARQUESA. EL CONDE.

(*En toda la escena doña Marquesa habla con afectada sencillez, y el Conde con profundo sarcasmo.*)

D.ª MARQUESA. ¿Algun secreto se esconde
en tan honrosa embajada?
CONDE. Quién sabe. Puede que nada.
D.ª MARQUESA. Vos todo lo sabeis, Conde.
CONDE. No gozo tanto favor.
D.ª MARQUESA. ¡Oh! Disimulais en vano,
aunque diestro cortesano.
CONDE. ¿Por qué me haceis tanto honor?
D.ª MARQUESA. Y no debierais fingir
con vuestra mejor amiga.
CONDE. Mucho esa amistad me obliga.
D.ª MARQUESA. Me lo vais todo á decir:
¿no es cierto?
CONDE. Cunde en la corte
una anécdota, que á mí
se refiere.
D.ª MARQUESA.. ¿Sí? ¿A vos?

CONDE. Sí.
D.ª MARQUESA. Por vuestra nobleza y porte
llamais tanto la atencion...
CONDE. Que para hablar en mi mengua
hasta el mármol tiene lengua.
D.ª MARQUESA. ¿Pero qué murmuracion?...
CONDE. ¿No ha llegado á vuestro oido?
D.ª MAQUESA. En verdad que no ha llegado.
CONDE. Pues mucho tiempo ha tardado.
D.ª MARQUESA. ¿Por qué?
CONDE. Porque aqui ha nacido.
D.ª MARQUESA. ¡Es imposible! En mi casa
jamas, Conde, se murmura.
CONDE. ¡Oh, señora! ¿por ventura,
no sabeis lo que aqui pasa?
D.ª MARQUESA. No.
CONDE. Me dejásteis aqui
con vuestro esposo, y ufano
de su hermosa hija la mano
á vuestro esposo pedí.
¿Esto lo sabreis ya?
D.ª MARQUESA. No.
CONDE. Pues sabed, señora mia,
que la mano de María
vuestro esposo me negó.
Esto solamente sé,
y que, á pesar de mi porte,
triste figura en la corte
con este desaire haré.
¿Qué os parece?
D.ª MARQUESA. Sabe Dios
que admirada me dejais.
CONDE. Facilmente os admirais.
D.ª MARQUESA. Conde, para entre los dos;
conservad buena esperanza.
CONDE. ¿Os burlais?
D.ª MARQUESA. Séria os lo digo.
CONDE. ¿Y en qué fundarla?
D.ª MARQUESA. ¿Conmigo
quereis hacer alianza?
CONDE. Lo quiero. Aunque en duda pongo
que alcancemos la victoria.

D.ª Marquesa. Mayor del triunfo la gloria,
Conde, será.
Conde. No me opongo.
D.ª Marquesa. Os juro que venceremos
en tan estraña porfia.
Conde. Fé teneis.
D.ª Marquesa. Doña María.
(*Acercándose á la puerta de la izquierda.*)
Conde. ¿Qué haceis, señora?
D.ª Marquesa. Empecemos.
Conde. Quizás no es la mejor hora
del combate comenzar.
D.ª Marquesa. No será malo probar.
Conde. Como os parezca.

ESCENA X.

DOÑA MARQUESA. EL CONDE. DOÑA MARIA.

D.ª Maria. Señora,
¿qué me mandábais?
D.ª Marquesa. Ya ves
que está aqui el Conde.
D.ª Maria. Dios guarde
al señor Conde.
Conde. Aunque tarde
(*En toda la escena oculta el Conde el sarcasmo bajo una galantería afectada.*)
logro estar á vuestros pies.
Incomparable ventura
para quien en vos admira
una sin par hermosura,
por la que lejos suspira.
D.ª Maria. Me haceis demasiado honor.
Conde. Parece que con enojos
apartais de mí los ojos:
¿por qué tan crudo rigor?
¿Tanto desden mi osadía
merece, que airada vos
ni hablarme querais?
D.ª Maria. Por Dios.
Conde. Me aflije, doña María,

ese silencio fatal:
pues busca el alma rendida
en vuestras palabras vida,
y halla muerte por su mal.
Perdon pido, si he enojado
á creacion tan pura y bella.

D.ª Marquesa. Os responderé por ella,
que estais, Conde, perdonado.

D.ª Maria. Señora...

D.ª Marquesa. Su corazon
se anticipa á vuestro ruego,
y asi teneis desde luego
ámplio y seguro perdon.

Conde. Que vuestro labio indulgencia
(*A doña María.*)
hácia mí muestre, deseo;
porque en vuestro labio veo
inapelable sentencia.
Haced, por Dios, que bien cuadre
á mi amante frenesí.

D.ª Maria. Basta ya, Conde; por mí (*Con dignidad.*)
os dió respuesta mi padre.

D.ª Marquesa. Pero tú...

D.ª Maria. Madre...

Conde. Confio
en que tan árdua cuestion
tendrá feliz solucion.

D.ª Maria. ¡Jamas!

D.ª Marquesa. Bazan. (*Viéndolo entrar.*)

D.ª Maria. Padre mio.

ESCENA XI.

DOÑA MARQUESA. EL CONDE. DOÑA MARIA. BAZAN.

D.ª Marquesa. ¡Confuso pareceis! (*A Bazan.*)

Bazan. No. (*Con dureza.*)

Conde. ¿Os habló el monarca?
(*Conservando el sarcasmo.*)

Bazan. Sí.

D.ª Maria. ¿Qué teneis?

Bazan. Nada.

D.ª MARIA. ¡Ay de mí!
CONDE. Estais abatido.
BAZAN. ¡Yo! (*Con fiereza.*)
CONDE. No consigue vuestro afan
ocultar mortal congoja.
BAZAN. ¡Conde!
CONDE. Si alguno os enoja,
¿por qué callarlo, Bazan?
BAZAN. A vos lo contaré. (*Con sarcasmo.*)
CONDE. ¿A mí?
BAZAN. A vos: sí, á vos.
CONDE. Pues ahora.
BAZAN. Llevaos á mi hija, señora.
(*Vanse por la derecha, y cierra la puerta Bazan.*)

ESCENA XII.

EL CONDE. BAZAN.

CONDE. Hablemos.
(*Continuando con la misma ironía.*)
BAZAN. Comienzo. Aqui
dijisteis: «ciño una espada,
»y mi brazo tiene brio
»para dar en desafio
»una soberbia estocada.»
CONDE. Es verdad.
BAZAN. ¿Me prometeis,
y exijo pronta respuesta,
á nadie de la propuesta
que os haga hablar?
CONDE. Sí. Teneis
mi palabra.
BAZAN. Garantido
con ella, y con que el secreto
guardareis, Conde, aqui os reto
á muerte... ¿Me habeis oido?
CONDE. Sí.
BAZAN. Ahora, Conde, á firmar vais
un lacónico papel,
para confesar en él...
CONDE. ¿Qué?

BAZAN. Que vos mismo os matais.
CONDE. Inaudita precaucion.
BAZAN. Para acabar nuestro duelo
sin mas testigo que el cielo,
tengo muy fuerte razon.
Pronto un parage elegid;
y, sin que nadie lo entienda,
terminemos la contienda.
No hay que vacilar. Venid.
CONDE. Al impulso de ira insana
arde vuestra sangre.
BAZAN. Espero
bañar mi cortante acero
en vuestra sangre villana.
CONDE. ¿De tanta furia, por Dios,
es la causa alguna injuria?
BAZAN. El motivo de mi furia
yo lo sé y lo sabeis vos.
¿Y acaso necesidad
teneis del motivo oculto
saber? ¿no basta mi insulto?
Seguidme al campo.
CONDE. Esperad.
BAZAN. Quien caballero nació,
nunca el momento retarda
cuando un contrario lo aguarda.
¿Vacilais?... Seguidme.
CONDE. No.
BAZAN. ¿Rehusais el duelo!
CONDE. Rehuso.
BAZAN. ¿Y ceñís un limpio acero?
CONDE. Sí.
BAZAN. ¿Y os llamais caballero?
CONDE. Sí.
BAZAN. ¿Y teneis sangre?
CONDE. Sí.
BAZAN. Puso
en vuestro pecho villano,
y en lugar de corazon,
nieve el cielo.
CONDE. Sin razon
ofendeis á un italiano.

Mas la venganza no os vedo,
y es propia de mi linaje:
hacedme un público ultraje.

BAZAN. ¡Oh! bien sabeis que no puedo.

CONDE. ¿No podeis?

BAZAN. No.

CONDE. Los arcanos
respeto que vos sabreis.

BAZAN. ¡Oh, Conde! bien conoceis
que tengo atadas las manos.

CONDE. Es triste.

BAZAN. Solo yo sé
de mi dolor la fiereza.

CONDE. Sufrir, Bazan, con firmeza.

BAZAN. Escuchadme, Conde.

CONDE. ¿Qué?

BAZAN. Ante vos, sin vacilar, (*Con humildad.*)
me confesaré vencido;
mas que renuncieis os pido...

CONDE. Yo no puedo renunciar.

BAZAN. Considerad el dolor
que esta súplica me cuesta.

CONDE. Un NO fue vuestra respuesta,
y un NO os devuelvo, señor.
Mucho ha cambiado en seis horas
nuestro lenguaje.

BAZAN. En el mio, (*Con fiereza.*)
hallareis el mismo brio,
la misma altivez. Señoras..
(*Abriendo la puerta.*)

ESCENA XIII.

EL CONDE. BAZAN. DOÑA MARQUESA. DOÑA MARIA.

D.ª MARIA. Señor...

BAZAN. Ven acá, hija mia.
Hace seis horas que en vano
me pidió el Conde tu mano,
pues se la negué, María.
Aunque soy tu padre, debo
consultar tu corazon:
di si mi resolucion

apruebas, ó no.

D.ª Maria. La apruebo.

D.ª Marquesa. Hija obediente...

Bazan. Callad.
Apenas llegó á esta villa,
cuando solicitó Ercilla,
con tu mano, tu beldad.
Gustoso condescendí
á su franca peticion.
¿Merezco tu aprobacion?

D.ª Maria. Padre.

Bazan. No vaciles.

D.ª Maria. Sí.

Conde. ¿Qué haceis? (*A Bazan.*)

Bazan. (*Al Conde.*) Conde, no he acabado.
Di: ¿tu pecho latir siente (*A doña María.*)
la sangre noble y ardiente
de un aguerrido soldado?

D.ª Maria. Sí.

Bazan. ¿Y con terribles enojos,
si te lo manda el honor,
no hará brotar el dolor
ni una lágrima á tus ojos?

D.ª Maria. No.

Bazan. Dispon, doña Marquesa,
sin tardar, porque es urgente,
cuanto juzgues conveniente
para la boda...

D.ª Marquesa. Interesa
á mi corazon de madre
saber...

Bazan. Tienes ocho dias
de plazo.

D.ª Marquesa. Pero...

Bazan. ¿No fias
en el cariño de un padre?

D.ª Marquesa. Con secreto tan profundo
obras...

Bazan. Sabrás el arcano.
Al Conde entrega su mano
(*Tomando la de doña María.*)
el rey Felipe segundo.

D.ª MARIA. ¡Jamas!
D.ª MARQUESA. ¡Al Conde!
CONDE. Sí.
BAZAN. Sí.
D.ª MARIA. Padre y señor, ¿qué habeis hecho?
BAZAN. Ya estais, Conde, satisfecho,
ahora marcharos de aqui.
Pues si mi acero no alcanza
á quien da el rey de amor muestra,
jamas tocará mi diestra
quien toma tan ruin venganza.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un pintoresco y frondoso jardin con cenadores, bosquecillos, fuentes y flores. A la derecha del actor, y en primer término, un lienzo de pared con una puerta practicable. La tarde empieza á declinar.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, *corriendo hácia la puerta.*

¿Qué haré? Bizarro es; su porte
distinguido; pero el rostro
cuidadosamente guarda
entre sombrero y embozo.
¿Si con dañada intencion
querrá penetrar?... Me espongo
abriendo la puerta... Pero
quizás encontraré un novio
(*Aplicando la llave á la cerradura.*)
que ponga fin á las penas
de este largo purgatorio.
Animo. Quien no se embarca
dicen que no pasa el golfo.
(*Abriendo la puerta.*)
Entrad.

ESCENA II.

BEATRIZ. DON JUAN, *embozado, y con el sombrero sobre los ojos.*

D. JUAN. Mucho te has tardado

en abrirme.
BEATRIZ. No os conozco:
os vi en la calle; me hicísteis
señas, respondí, y me asombro
yo misma de haberme puesto
en peligro tan notorio.
D. JUAN. Nada temas. Aqui traigo,
Beatriz, un remedio heróico
contra el miedo.
BEATRIZ. ¿Cuál?
D. JUAN. ¿No ves?
Este bolsillo de oro. (*Alargándoselo.*)
BEATRIZ. (*Despues de tomarlo.*)
Mucho pesa. ¡Pareceis
tan galan y generoso
como un príncipe!
D. JUAN. Me cuesta
ganar el dinero poco.
BEATRIZ. ¿Sois?...
D. JUAN. No deberás saberlo,
Beatriz, cuando no me nombro.
BEATRIZ. Pues con un desconocido
no he de seguir en coloquios;
y, si no os vais, gritaré.
D. JUAN. Te callarás como un tronco.
Vamos á cuentas. Deseo
en este jardin frondoso,
por razones que me callo,
poder entrar á mi antojo.
BEATRIZ. Imposible.
D. JUAN. Muchas veces
vencer imposibles logro.
BEATRIZ. Repito que no.
D. JUAN. ¿Por qué?
BEATRIZ. Claro está: porque respondo
yo, que os dejo entrar, de cuanto
hagais.
D. JUAN. ¿Qué haré? De esos olmos
vagar á la sombra.
BEATRIZ. Y...
podeis intentar...
D. JUAN. ¿Qué?

BEATRIZ. Un robo.
D. JUAN. ¿De hojas?
BEATRIZ. Un asesinato.
D. JUAN. Yo solo sé matar moros.
BEATRIZ. Un...
D. JUAN. Acaba.
BEATRIZ. Qué sé yo:
pero en resúmen me opongo.
D. JUAN. ¿No te ablandas?
BEATRIZ. No.
D. JUAN. Lo siento.
BEATRIZ. Idos.
D. JUAN. Esta llave tomo,
(*Poniendo la mano sobre la que está en la cerradura.*)
y penetraré.
BEATRIZ. Dejadla,
ó pido á gritos socorro.
(*Don Juan deja la llave, y Beatriz se apoderada de ella.*)
D. JUAN. Si mis proyectos te fio
¿me ayudarás?
BEATRIZ. Me conformo.
D. JUAN. Yo soy un hombre de cuenta,
osado, espléndido y mozo,
que llevo adelante siempre
lo que una vez me propongo.
Esto soy yo: Gil Bazan
guarda en su casa un tesoro
tan rico, que el Potosí
no puede oponerle otro.
BEATRIZ. ¿Y ese tesoro?...
D. JUAN. Es María.
BEATRIZ. ¿La amais rendido?
D. JUAN. La adoro.
Ahora bien. ¿Quieres dejarme
vagar por estos contornos,
hasta que abrasarme logre
en el fuego de sus ojos?
BEATRIZ. Muy mal venís, caballero.
D. JUAN. ¿Vengo mal?
BEATRIZ. Y tarde.
D. JUAN. ¿Cómo?
BEATRIZ. Mi señor casa su hija

con un Conde poderoso,
y que, segun dicen, cuenta
un larguísimo abolorio.

D. JUAN. Me las habré con el Conde.

BEATRIZ. No digo que sus enojos
temais, que enojos no teme
un castellano brioso;
pero...

D. JUAN. Si me das la llave,
guardarás para tu adorno
esta sortija. (*Quitándosela del dedo.*)

BEATRIZ. Se acerca
gente. Corred.

D. JUAN. Yo no corro
sin la llave.

BEATRIZ. Tomad. (*Dándole la llave.*)

D. JUAN. (*Dándola la sortija.*) Toma;
y á Dios.

BEATRIZ. Salid. Pronto. Pronto.

(*Don Juan sale y cierra la puerta por fuera.*)

ESCENA III.

BEATRIZ. NUÑO, *precipitado y enfurecido.*

NUÑO. (*Arrojándose sobre la puerta.*)
Espera, espera, espera;
aguarda, aguarda, aguarda.

BEATRIZ. Nuño.

NUÑO. Soy una fiera.
¡Pérfida, infiel, bastarda:
de mi furor indómito
temblad; los dos temblad!

BEATRIZ. Loco estás.

NUÑO. ¿Mis enojos
no temes, fementida?
Lo vi con estos ojos.
Le arrancaré la vida,
y lavaré cólerico
en sangre su maldad.

BEATRIZ. Por Dios, que no comprendo
la causa de tu saña.

NUÑO. Aqui, aqui la estoy viendo.
BEATRIZ. Nuño, la vista engaña.
NUÑO. Mis ojos son luciérnagas.
BEATRIZ. No encuentro su fulgor.
NUÑO. Y no, no ha de valerte,
Beatriz, tu negro dolo.
BEATRIZ. Me das lástima.
NUÑO. Advierte
que iré de polo á polo,
por saciar en el pérfido
mi indómito furor.
¿No me ves? Tigre hircano
soy que rebrama herido.
BEATRIZ. Sosiégate.
NUÑO. Es en vano
que con labio mentido,
protestas repitiéndome
me quieras persuadir.
¿Tú, la muger que adoro,
en amorosa cita?
¡Ay! de despecho lloro.
¡Suerte, suerte maldita!
¡Cuán sin piedad condénasme
á lúgubre gemir!
BEATRIZ Nuño.
NUÑO. ¿Por qué constante
no pagas mi cariño?
Esposos al instante,
dieramos vida á un niño,
como la nieve cándido,
rollizo y jugueton.
BEATRIZ. Tú deliras.
NUÑO. De celos.
Y hasta tal punto, ingrata,
que llorarás mis duelos.
(*Cogiéndola por el cuello.*)
BEATRIZ. ¡Socorro, que me mata!
NUÑO. Infiel, perjura.
BEATRIZ. ¡Bárbaro!
NUÑO. ¡Pérfida!
BEATRIZ. ¡Compasion!

ESCENA IV.

BEATRIZ. NUÑO. ERCILLA.

ERCILLA. ¿Qué es esto?
BEATRIZ. Que loco está
Nuño, y ahogarme pretende.
ERCILLA. ¡Menguado! ¿Cómo se entiende?...
NUÑO. Señor, Beatriz no dirá
el motivo de mi furia,
pero yo sabré decir...
BEATRIZ. ¡Nuño!
NUÑO. Que de recibir
acabo tremenda injuria.
BEATRIZ. Calla.
NUÑO. He de contarlo, sí,
para que el mundo se asombre.
BEATRIZ. No lo digas.
NUÑO. Con un hombre
la encontré, señor, aqui.
ERCILLA. (*Con desden.*)
Qué tengo, por vida mia,
que ver con su devaneo.
BEATRIZ. (*Picada.*)
El hombre su galanteo
dirige á doña María.
ERCILLA. ¿Qué has dicho? ¿Cómo se llama?
¿Cuál es su clase? Responde...
Estoy loco... Será el Conde;
y de mis celos la llama
me trastorna la razon.
BEATRIZ. No era el Conde.
ERCILLA. ¡Pues quién era!
BEATRIZ. Un hidalgo de alta esfera,
y de altiva condicion.
ERCILLA. ¿Su nombre? (*Con ansiedad.*)
BEATRIZ. Me lo calló.
ERCILLA. ¿Su estatura?
BEATRIZ. Aventajada.
ERCILLA. ¿Armas?
BEATRIZ. Una rica espada.
ERCILLA. ¿Y el rostro?

BEATRIZ. Lo recató.
ERCILLA. ¿Sus pretensiones?
BEATRIZ. Hablar
de amor á doña María.
ERCILLA. ¿Y á ese hidalgo se veia
esta tarde pasear
en torno al jardin?...
BEATRIZ. Sin duda.
ERCILLA. Ya lo conozco. (*Con amargura.*)
NUÑO. ¿Su nombre?...
ERCILLA. Calle el menguado. ¿Ese hombre?...
BEATRIZ. ¡Oh! ¿Tendreis la lengua muda
para el señor...
ERCILLA. La tendré.
¿En el jardin se quedó
oculto el hombre?
BEATRIZ. Salió.
ERCILLA. ¿Estás segura?
NUÑO. Se fue.
ERCILLA. ¿Y volverá?
BEATRIZ. Mi señor (*Mirando á la derecha.*)
hácia aqui viene. Me alejo;
y ya que con él os dejo,
nada digais, por favor.
NUÑO. Yo voy á contarle...
ERCILLA. ¿Quién?
NUÑO. Yo.
ERCILLA. Cuanto ha pasado olvida.
Si en algo estimas tu vida
callarte debes tambien.
(*Se van Nuño y Beatriz.*)

ESCENA V.

ERCILLA, *fuertemente agitado*, y BAZAN, *que se adelanta taciturno y sin ver á Ercilla.*

ERCILLA. ¿A quién busco? ¡De mí mismo
huiré! Cercado de abrojos,
do quiera encuentran mis ojos
un insuperable abismo.

BAZAN. (*Aterrado y retrocediendo.*)
¡Ercilla!
ERCILLA. Llega. ¿Por qué,
mirándome, humildemente
al suelo inclinas la frente?
BAZAN. (*Con desaliento.*)
Las razones yo las sé.
ERCILLA. Y yo tambien. (*Con sarcasmo.*)
BAZAN. Es verdad.
ERCILLA. (*Con fuego creciente.*)
La bajas, porque no brilla
en los nobles de Castilla
acrisolada lealtad.
La bajas, porque hay guerrero,
de antiguo y noble apellido,
que facilmente al olvido
da la fé de caballero.
La bajas, porque el honor
no es ya tu suprema ley.
BAZAN. Ercilla, obedezco al rey,
que es mi natural señor.
ERCILLA. (*Con desden.*)
No razon, escusa es esa;
pues se debe resistir
cuando es preciso cumplir
una sagrada promesa.
BAZAN. Don Alonso... (*Suplicante.*)
ERCILLA. (*Con fuego creciente.*)
Gil, en vano
de tu aposento un castillo
has hecho, echando el rastrillo,
precabido castellano.
En vano, huyendo, trataste
de no poner tus sonrojos
ante los ardientes ojos
del amigo que engañaste...
BAZAN. (*Con furia, y despues reprimiéndose.*)
¡Don Alonso!... Pero no.
Tú lo que has dicho no sabes.
ERCILLA. Quiero ofenderte. (*Con violencia.*)
BAZAN. No acabes.
¿Tú, Ercilla, ofenderme!

ERCILLA. Yo.

BAZAN. No sigas, Alonso.

ERCILLA. Es tarde,
y si asi das al olvido
mi ofensa, á lo fementido
añadirás lo cobarde.

BAZAN. (*Queriendo reprimirse.*)
¡Ercilla!

ERCILLA. La sangre helada
de un noble brota violenta
á un leve asomo de afrenta.

BAZAN. (*Con furor, y despues reprimiéndose.*)
¡Que tengo, Ercilla, una espada!...
Pero no. Nunca mi acero
contra tí...

ERCILLA. ¿Tu marcial brio
en dónde está?

ESCENA VI.

ERCILLA. BAZAN. DOÑA MARIA, *interponiéndose entre los dos.*

D.ª MARIA. ¡Padre mio!
¡No reñireis, no! no quiero.

BAZAN. ¡María!

ERCILLA. ¡Señora!

D.ª MARIA. Pensad
que la bélica bravura
apaga la llama pura
de una constante amistad.

BAZAN. Me ha ofendido.

D.ª MARIA. Mas valor
tendrás, señor, si bien piensas,
perdonando las ofensas
que siendo su vengador.
Y mas conseguirá Ercilla
de quien por su rey lidió,
que con armas, como yo,
á él doblando la rodilla.
(*Arrodillándose.*)
Señor, postrada me ves,

y asi te entrego mi suerte,
aunque la vida ó la muerte
debo encontrar á tus pies.
No apartes de mí los ojos,
viéndome triste y rendida
bajo el peso de una vida
llena de angustias y enojos.
Y logra, pues por mi mal
en mí piensa el soberano,
que niegue al Conde mi mano
y en cambio me dé un sayal.
No hemos nacido los dos
para vivir en dichosa
union; él busque otra esposa,
y yo lo seré de Dios.
Un dia, y otro, y otro dia
no podré, señor, pasar
con hombre á quien no he de amar;
que aborreceré.

BAZAN. (*Con ternura.*) María.

D.ª MARIA. Señales de compasion
miro en vuestro rostro.

BAZAN. (*Levantándola.*) Siento
á tu doloroso acento
desgarrarse el corazon.

ERCILLA. Sin motivo te ofendí,
de mi amor en el esceso,
pero mi culpa confieso,
y espero perdon de tí.
Para pintar mi dolor,
por mas que á tu pecho aflija,
te presento el de la hija
de tu purísimo amor.
El es bastante elocuente,
y marca profunda huella
sobre la que brilló bella,
pura, y despejada frente.
Escucha su voz, y aqui
juraré morir tu esclavo,
si en tí la compasion grabo.

D.ª MARIA. Padre...

BAZAN. ¿Qué quereis de mí?

ERCILLA. Que usando de autoridad,
y con tu voluntad toda,
impidas la fatal boda.
BAZAN. ¡Ay! ¿Tengo yo voluntad!
D.ª MARIA. ¿Qué no pueden conseguir
tres voluntades unidas!
BAZAN. Todas tres serán vencidas.
ERCILLA. No, si saben resistir.
BAZAN. Hay, don Alonso, un poder
que quita toda esperanza.
ERCILLA. Do su justicia no alcanza
nada debemos temer.
BAZAN. ¿Qué dices?
ERCILLA. Que ancha es la tierra:
que el suelo natal dejemos,
y en cualquier parte hallaremos
vestidos, pan, techo y guerra.
En el Pó como en el Rhin
mostraremos nuestros brios.
BAZAN. (*Con júbilo.*)
Razon tienes... Hijos mios,
huyamos á otro confin.
Bravos somos y ancho el mundo
para que aqui nos sujete
ley tiránica.

ESCENA VII.

ERCILLA. BAZAN. DOÑA MARIA. NUÑO.

NUÑO. (*Presentándolo.*) Un billete
del rey Felipe segundo.
BAZAN. ¿Quién lo trajo?
NUÑO. El portador
era... alto... grueso... un buen hombre;
pero no dejó su nombre.
BAZAN. Retírate.
NUÑO. Voy, señor.

ESCENA VIII.

ERCILLA. BAZAN. DOÑA MARIA.

BAZAN. (*Habiendo leido la carta.*)
¡Gran Dios!
D.ª MARIA. ¡Padre!
ERCILLA. ¿Ese papel
qué revela, qué contiene?
BAZAN. ¡Ercilla, en qué ocasion viene!
Toma, y apura su hiel.
ERCILLA. «Contra la morisca impía (*Lée.*)
nombrándote capitan,
pensaba honrarte, Bazan,
de la fausta boda el dia.
Pero considero vano
asi tenerte en espera,
y capitan de galera,
bajo el mando de mi hermano,
hoy te nombro; para que
pronto estés á la partida
tan luego como su vida,
su corazon y su fé,
una con sagrados lazos
la hermosa á quien el ser diste;
pues no te alejarás triste
dejándola en tales brazos.
Y mi nombramiento fundo
en que, tu palabra dada,
la considera casada
el rey Felipe segundo.»
(*Devuelve la carta en silencio, y todos lo guardan un instante.*)
BAZAN. (*A Ercilla.*)
¿Has comprendido?
ERCILLA. Sí.
D.ª MARIA. ¡Oh!
BAZAN. (*Con amargura.*)
El monarca en mi hidalguía
descuidadamente fia
mientras yo le vendo... No. (*Con firmeza.*)
Jamas á un Bazan se ha visto

huir los bélicos laureles:
combatiré á los infieles
por rey, por patria y por Cristo.
Cumpla cual debo, y despues,
ya que la suerte es tan dura,
una misma desventura
lloremos juntos los tres.

D.ª MARIA. Muévaos mi dolor profundo.

ERCILLA. Atiende nuestra demanda.

BAZAN. (*Con una energía que domina su dolor.*)
Obedezcamos. Lo manda
el rey Felipe segundo.

(*Se aleja apresuradamente enjugándose el llanto.*)

ESCENA IX.

ERCILLA. DOÑA MARIA.

ERCILLA. ¡Bazan! (*Intentando seguirlo.*)

D.ª MARIA. (*Deteniéndolo.*) Don Alonso...

ERCILLA. Dejadme.

D.ª MARIA. Tened.

ERCILLA. ¿Acaso merecen
tan crudo desden
las penas que estamos
sufriendo por él?

D.ª MARIA. Las siente y nos ama.

ERCILLA. ¿Quién nos ama, quién?
¿Quien de un solo golpe
pretende romper
la plácida dicha
que en sueños gocé,
y en érebo triste
transforma un eden?

D.ª MARIA. Le obliga el mandato
supremo del rey.

ERCILLA. Al rey, desde niño,
yo sirvo tambien,
con tanta constancia,
quizás con mas fé;
pero aunque respeto
sumiso su ley,

si al alma, señora,
condena cruel,
el alma resiste
su grande poder.

D.ª MARIA. Ercilla, un remedio
buscad: yo no sé
en tantas angustias
mas que padecer.
El plazo se acerca;
mis ojos ya ven;
tocando los labios
la copa de hiel.
Y ni una esperanza
que venga á traer
alivio á mi pecho
desgarrado y fiel.

ERCILLA. El llanto que os quema
la pálida tez,
no dejes, señora,
en perlas correr.
Y un fúlgido rayo
de esperanza...

D.ª MARÍA. ¿Qué?

ERCILLA. Me ocurre una idea
muy feliz.

D.ª MARIA. ¿Cuál es?

ERCILLA. La fúnebre boda
espero romper.

D.ª MARIA. Falaz esperanza.

ERCILLA. Juro á vuestros pies,
por cuanto mas amo,
que la impediré.

D.ª MARIA. ¿El modo?...

ERCILLA. ¿Qué importa?
Los cielos me den
fortuna, y...

D.ª MARIA. Decidme...

ERCILLA. No puedo perder
el tiempo. Mañana
sabreis...

M.ª MARIA. ¿Qué sabré?

ERCILLA. A Dios.

D.ª MARIA. Un momento...
hablad... por merced.
ERCILLA. Mañana...
(*Se va apresuradamente.*)
D.ª MARIA. Entre tanto
mucho sufriré.

ESCENA X.

DOÑA MARIA, *y momento despues* DON JUAN, *que entra por la puerta cuya llave le dió Beatriz. Comienza á oscurecer.*

D.ª MARIA. Todos se alejan de mí.
¡Ay! de mármol todos son.
Sola con mi corazon
Ercilla me deja aqui.
(*Don Juan se acerca lentamente.*)
Mas la noche, protectora
de mi congoja y mi duelo,
tiende su lúgubre velo
sobre mis penas.
D. JUAN. Señora...
D.ª MARIA. ¡Quién!...
D. JUAN. Yo.
D.ª MARIA. ¡Vos!
D. JUAN. Mis pasos guia
la mas venturosa estrella,
cuando aqui, radiante y bella,
os hallo, doña María.
D.ª MARIA. (*Con exaltacion.*)
Noble príncipe, ¿es verdad
que la fama no ha mentido
cuando hasta el cielo ha subido
vuestra generosidad?
D. JUAN. Procuro, señora, ser
lo que publica la fama.
D.ª MARIA. ¿Y cuando á su amparo os llama
una afligida muger?...
D. JUAN. Estraña pregunta. Corro
á su amparo: y caballero,
con el caudal y el acero

la presto ayuda y socorro.
D.ª MARIA. Pues vuestro amparo, señor,
imploro desfallecida.
D. JUAN. Mandad, señora: mi vida
os ofrezco y mi valor.
Habl[illegible]
D.ª MARIA. [illegible]blando hablaré.
¿Sabreis [illegible]on la corte toda,
que muy en breve mi boda
se ha de realizar?
D. JUAN. Lo sé:
y juro á Dios que lo siento.
D.ª MARIA. Sentirlo: pues dura ley
es la voluntad del rey,
para mi eterno tormento.
D. JUAN. ¿Al Conde no amais?
D.ª MARIA. Jamas
podré amarlo.
D. JUAN. ¿Y no repara
que os lleva llorando al ara?
D.ª MARIA. Sí.
D. JUAN. ¿Y no desiste, quizás?
D.ª MARIA. No.
D. JUAN. ¿Qué quereis?
D.ª MARIA. Que, rompiendo
este vínculo fatal,
remedio pongais al mal
que estoy, señor, padeciendo.
D. JUAN. Pronto remedio poner
quiero: cobrad esperanza;
pues veré hasta dónde alcanza
mi valimiento y poder.
D.ª MARIA. Y no os cause maravilla,
príncipe, mi peticion, .
porque abrigo nna pasion...
D. JUAN. ¿A quién? (*Con agitacion.*)
D.ª MARIA. A Alonso de Ercilla.
D. JUAN. (*Con turbacion, como lo restante de la escena.*)
¿A Ercilla!
D. MARIA. Sí. Vuestro amigo,
honrándolo, lo llamásteis,

y eterna amistad jurásteis,
poniendo á Dios por testigo.
El vuestra diestra estrechó
con respeto y alegría;
y por él...

D. JUAN. Doña M[illegible]

D.ª MARIA. ¿Me amparareis?

D. JUAN. Qué [illegible] yo.

D.ª MARIA. ¿No lo sabeis?

D. JUAN. Perdonad.

D.ª MARIA. ¿A vos tambien ruego en vano?

D. JUAN. Tiene, señora, mi hermano
de hierro la voluntad.

D.ª MARIA. Me engañé: ya nada espero.

D. JUAN. Señora...

D.ª MARIA. Basta: creía (*Con dignidad.*)
que en un príncipe hallaria
un cumplido caballero.

ESCENA XI.

DON JUAN.

¿Qué me sucede? No sé
esplicarme lo que siento.
Han cambiado en un momento
mis ilusiones. ¿Qué haré?
A don Alonso mi mano
con franca efusion tendí,
y debe encontrar en mí
la lealtad de un castellano.
Adoro á doña María,
de gracias rico tesoro;
y diciendo que la adoro
digo que debe ser mia.
No sé qué hacer. ¡Vive Dios!
que fuera estoy de mi centro:
en tal conflicto me encuentro
colocado entre los dos.
¿Yo dudar! ¿Yo confundido!...
Pero hácia aqui viene un bulto:
sepamos quién es. Me oculto;

ojo avizor, presto oido.
(*Se oculta entre los árboles. Comienza la luna á brillar.*)

ESCENA XII.

DON JUAN *oculto entre los árboles, á la derecha del actor;* ERCILLA, *que cruza del mismo lado hácia el opuesto, y momentos despues* EL CONDE, *que se presenta por la izquierda.*

ERCILLA. Tentar de una vez la suerte
es preciso. No huirá, no;
y si á este jardin bajó
en él hallará la muerte.
D. JUAN. Desde aqui veré hácia dónde
se dirige.
CONDE. ¿Quién va?
(*Encontrándose con Ercilla y sin reconocerlo.*)
ERCILLA. Paso.
(*Sin conocer al Conde.*)
CONDE. ¿No es ancho el jardin acaso?
ERCILLA. ¡Estoy soñando! ¿Es el conde!
(*Acercándose á él.*)
CONDE. ¿Quién sois?
ERCILLA. Miradme. (*Desembozándose.*)
CONDE. ¿Y aqui?...
ERCILLA. Sin mas testigos que el cielo
vamos á lidiar en duelo.
CONDE. ¿Pretendeis matarme?
ERCILLA. Sí.
CONDE. ¿Teneis la razon turbada?
(*Desnudando la espada.*)
ERCILLA. ¿Sé yo acaso lo que tengo?
pero decidido vengo
á cruzar con vos la espada. (*Riñen.*)
D. JUAN. No hay duda, cruzan los hierros.
(*Hacen lo que indica el diálogo.*)
Parten la sombra y la luz.
Bien. Las espadas en cruz.
¿Tendré que hacer dos entierros?
En breve tiempo, por Dios,
trataron el desafio.

Este ataca con mas brio.
(Señalando á Ercilla.)
Ganas se tienen los dos.
Aquel afloja. El terreno
(Señalando al Conde.)
cede. Mengua su bravura.
(Don Juan se va acercando á los combatientes, y estos se pierden entre los árboles de la izquierda.)
Van á entrar en la espesura.
No da la luna de lleno
en sus rostros. Mal paró
una soberbia estocada.
Tiembla en su mano la espada.
Bacila... En tierra cayó.
(Va á entrar en la espesura, y Ercilla, que sale al mismo tiempo, choca con él.)
Sepamos... No tan violento
huyais. Tuvo mala suerte,
mas murió de buena muerte.

ERCILLA. Paso.
D. JUAN. Esperad un momento.
ERCILLA. Paso.
D. JUAN. ¡Ercilla! *(Conociéndolo.)*
ERCILLA. ¡Gran señor!
(Con furor reprimido.)
¿En este jardin os hallo?
D. JUAN. ¿Y qué?
ERCILLA. Yo soy un vasallo,
(Con sarcasmo.)
y vos de un emperador
hijo.
D. JUAN. Príncipe nací,
(Con arrogancia.)
Alonso de Ercilla, pero
tambien nací caballero.
ERCILLA. ¿Qué hace vuestra alteza aqui?
(Con altivez.)
D. JUAN. Nada, Ercilla. Diligente
(Se divisa una luz entre los árboles de la derecha.)
gana del jardin la puerta,
que está por fortuna abierta.
ERCILLA. No sin saber...

D. JUAN. Viene gente.
(*Señalándole la luz.*)
Marcha; pues probarte espero.
(*Empujándole hácia la puerta.*)
Ercilla, fuera de aqui,
que si príncipe nací,
nací tambien caballero. (*Sale Ercilla.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN. NUÑO, *con una antorcha.*

NUÑO. Por aqui debe andar...
(*Sin ver á don Juan.*)
D. JUAN. ¿Quién?
NUÑO. ¡Ay! Si no era á vos.
D. JUAN. Responde.
¿A quién buscabas?
NUÑO. Al Conde
de la Somaro.
D. JUAN. Pues ven.
(*Cogiéndolo del brazo.*)
NUÑO. Esperad: porque no acierto...
¿Adónde voy?
D. JUAN. Descreido,
á socorrer á un herido,
ó á dar sepultura á un muerto.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ. NUÑO.

NUÑO. Estamos bien. Buena boda
tendremos, pues mas parecen
sus tristes preparativos
lúgubre anuncio de muerte.

BEATRIZ. Es verdad. Nuestro señor,
encerrado en su retrete,
con honda pena en el alma
huye el trato de las gentes.
La hermosa doña María
abundante llanto vierte,
pálido, mustio y sombrío
su infantil rostro de nieve:
y en tanto doña Marquesa
triunfante, altiva y alegre,
las penas de su familia
transforma en propios placeres.
Encerrado don Alonso
en dura prision padece,
y el Conde salud recobra
feliz y rápidamente.

NUÑO. Quién tal dijera, encontrándolo
exánime sobre el césped.

BEATRIZ. Buena estocada le dió
don Alonso.

NUÑO. ¿Tú lo crees?

BEATRIZ. El Conde lo ha dicho.
NUÑO. El Conde
como un mal nacido miente.
BEATRIZ. Tú qué sabes.
NUÑO. Ojalá,
Beatriz, que no lo supiese.
BEATRIZ. Esplícate sin ambajes.
NUÑO. Don Alonso está inocente.
BEATRIZ. ¿Quién te lo ha dicho?
NUÑO. Mis ojos.
BEATRIZ. ¡Y estás callando!
NUÑO. ¿Qué quieres?
BEATRIZ. Que vayas, como hombre honrado,
á presencia de los jueces,
y cuanto tus ojos vieron
claro, muy claro, les cuentes:
Nuño, corre.
NUÑO. No, Beatriz,
no hay miedo que el chisme lleve:
tengo á la garganta un lazo
y temo que me lo aprieten.
BEATRIZ. ¿Te han mandado callar?
NUÑO. Sí.
BEATRIZ. ¿Quién?
NUÑO. El diablo. Y no me tientes;
porque si suelto la lengua
podrá ser que me deslengüen.
BEATRIZ. Pero entre los dos...
NUÑO. ¿Tú sabes
quién era aquel mozalvete
que te entregó en el jardin
esa sortija?
BEATRIZ. No.
NUÑO. ¿Y tienes
sospechas?
BEATRIZ. No...
NUÑO. El agresor
fue...
BEATRIZ. ¿El de la sortija?
NUÑO. Ese.
BEATRIZ. Di su nombre.
NUÑO. *Vade retro.*

BEATRIZ. ¿Tanto pronunciarlo temes?
NUÑO. Guardar secreto juré.
BEATRIZ. ¿Y piensas cumplirlo?
NUÑO. Siempre.
BEATRIZ. Me vengaré.
NUÑO. Ten prudencia,
que doña Marquesa viene.

ESCENA II.

BEATRIZ. NUÑO. DOÑA MARQUESA.

D.ª MARQUESA. Avisa, Nuño, á mi esposo,
pues quiero al instante verle.
NUÑO. Es imposible.
D.ª MARQUESA. ¡Imposible!
NUÑO. Está mi señor ausente.
D.ª MARQUESA. ¿Ha salido!
NUÑO. Esta mañana
le trajeron un billete;
lo leyó, volvió á leerlo,
y marchó inmediatamente.
D.ª MARQUESA. ¿Y quién le trajo el escrito?
NUÑO. Un page.
D.ª MARQUESA. Contraria suerte
hablarle me impide, cuando
mas lo anhelo.
BEATRIZ. Me parece
que mi señor hácia aqui
se adelanta diligente.

ESCENA III.

BEATRIZ. NUÑO. DOÑA MARQUESA. BAZAN.

D.ª MARQUESA. Señor...
BAZAN. Señora...
D.ª MARQUESA. Anhelaba
con gran impaciencia verte;
y cuando no conseguirlo
temí, llegas...
BAZAN. ¿Qué pretendes?

D.ª Marquesa. Hablarte, Bazan.
Bazan. Señora,
permíteme que te deje;
pues un asunto muy grave
toda mi atencion requiere.
D.ª Marquesa. Cuanto tengo que decirte,
tambien es grave y urgente.
Bazan. Sobrado tiempo nos queda,
señora, cuando regrese.
D.ª Marquesa. Y sin embargo...
Bazan. Beatriz,
las tocas ponte, y no emplees
largo rato: pronto, Nuño,
disponte á seguirme; y debes
aligerar: quien aguarda
es por demas impaciente.
D.ª Marquesa. ¿Pero adónde los criados?...
Bazan. Van adonde me conviene.
D.ª Marquesa. ¿Y ese misterio?...
Bazan. Es posible
que oculto para vos quede.

ESCENA IV.

DOÑA MARQUESA.

Alegre está Bazan, y su alegría
me causa gran sorpresa.
Pero pese á quien pese, la hija mia,
mas ó menos feliz, será condesa.
Estampará su firma en el contrato
Bazan, mal que le cuadre,
de su rey sometiéndose al mandato.

ESCENA V.

DOÑA MARQUESA. DOÑA MARIA, *lujosamente ataviada.*

D.ª Maria. Señora... (*Mirando con inquietud.*)
D.ª Marquesa. ¿Qué echas menos?
D.ª Maria. A mi padre.
A mi estancia llegó su dulce acento,

y, de abrazarlo ansiosa,
dejé, madre y señora, mi aposento.

D.ª Marquesa. Para llegar aquí triste y llorosa.
¿No ves que mal con las brillantes galas
se hermanará tu llanto,
y el ¡ay! doliente que del pecho exhalas?

D.ª Maria. Lágrimas necesita mi quebranto.

D.ª Marquesa. En vano te atormentas...

D.ª Maria. Oh señora,
si sois la madre mia,
consolad á esta triste que os implora,
y mi boda romped.

D.ª Marquesa. ¡Doña María!

D.ª Maria. ¡Oh! no sabeis, quizás, cuánto tormento
sufro al perder la calma:
cómo se debilita el pensamiento
y en un mar de dolor se anega el alma.
¡Ay! tened compasion. Ante mis ojos
un abismo me espanta.
¡Ay! tened compasion: pues sobre abrojos
con estremo dolor fijo la planta.
¿No es verdad que en las almas amorosas
de las madres hay leyes,
una vez, y otra, y mil, mas poderosas
que el supremo mandato de los reyes?
¿No es verdad que, mirándome abatida
y marchita azucena,
dareis, si es necesario, vuestra vida,
por arrancar quilates á mi pena?
¿No es verdad que os conmueve mi demanda,
mi lúgubre gemido?
¿Qué respondeis, señora?

D.ª Marquesa. Que lo manda
el rey, y debe ser obedecido.

D. Maria. ¡Imposible, imposible! Si á mi queja
ninguna voz responde;
si la que me dió vida asi me deja,
yo sabré resistir al rey y al Conde.

D.ª Marquesa. Tú no resistirás...

D.ª Maria. Teman la saña
del monarca los hombres,
que quieren en la corte y la campaña

dar creces al caudal, brillo á sus nombres.
Mas yo, débil muger, con noble aliento
lucharé sin mancilla,
encerrando mi vida en un convento.
D.ª MARQUESA. Y al cadalso fatal llevando á Ercilla.
D.ª MARIA. ¿Qué habeis dicho?
D.ª MARQUESA. Que preso en una torre
está por asesino;
y que con rapidez el plazo corre
que debe fin poner á su destino.
Que, condenado á muerte, la clemencia
del rey puede salvarlo;
y que tú, con tu loca resistencia,
lograrás al patíbulo llevarlo.
D.ª MARIA. ¡Callad, callad, señora!
D.ª MARQUESA. Y tú podrias
romper su cárcel fiera,
en júbilo trocar sus agonías,
encumbrarlo tal vez...
D.ª MARIA. ¿De qué manera?
D.ª MARQUESA. Llevando cariñosa y obediente,
cual place al soberano,
la corona nupcial sobre tu frente.
D.ª MARIA. Al Conde sin gemir daré mi mano.
(*Con mortal angustia.*)
D.ª MARQUESA. Es preciso algo mas.
D.ª MARIA. ¿Mas?
D.ª MARQUESA. Que halagüeña
compenses su ternura.
D.ª MARIA. Sí, sí: debo mostrar la faz risueña
ocultando en el alma mi amargura.
D.ª MARQUESA. El cadalso...
D.ª MARIA. Es verdad. No arguye vicio,
(*Casi delirante.*)
señora, un voto falso;
pues voy á colocar mi sacrificio
entre Alonso de Ercilla y el cadalso.
Que venga el Conde ya. Cuán cariñosa
le entregaré mi suerte.
Hoy firmaré el contrato, si: su esposa
mañana debo ser hasta la muerte.
Mucho tarda: ¿es verdad que mucho tarda?

¿En dónde estará, en dónde?
¿Qué le impide venir?

D.ª MARQUESA. María...

D.ª MARIA. ¿Qué aguarda?
¿No anhela ser feliz, señora?

UN CRIADO. El Conde.

ESCENA VI.

DOÑA MARQUESA. DOÑA MARIA, *abismada*. EL CONDE, *notablemente pálido*.

D.ª MARQUESA. En buena ocasion tenemos,
señor Conde, la fortuna
de hablaros. ¿Cómo os hallais?

CONDE. Bastante mejor sin duda,
aunque débil.

D.ª MARQUESA. Vuestra faz
no está tan pálida y mustia.

CONDE. No es estraño; porque debe
reanimarme la ventura.
(*A doña María.*)
¿Y vos, señora, no hareis
que vuestros dos soles luzcan
para que tome mi alma
fuego, y de amor se consuma?

D.ª MARIA. Señor Conde...

CONDE. Cada dia
se aumenta vuestra hermosura.

D.ª MARIA. Imposible.

CONDE. ¿Por qué?

D.ª MARIA. Siento
una imponderable angustia,
que con su lúgubre manto
mi pálido rostro enluta.

D.ª MARQUESA. ¡Ay! no sabeis qué impresion,
tan amarga y tan profunda,
nos hizo vuestra desgracia.

CONDE. La sorpresa... (*Con ironía.*)

D.ª MARQUESA. Nunca, nunca
bajarais en tal momento,
para llegar á la furia

de un insensato celoso,
hasta el borde de la tumba.

CONDE. Una soberbia estocada
recibí; pero la cura
rápida y feliz ha hecho
mi constitucion robusta.

D.ª MARQUESA. ¿Qué sabeis de Escilla?

CONDE. Sé,
que en la torre continúa;
y aunque su crimen no niega,
con el silencio se escuda.

D.ª MARIA. ¿Seguro estais, señor Conde,
de que llegó á vos la punta
de su espada?

CONDE. Sí. A no estarlo,
mi lengua quedára muda.

D.ª MARQUESA. Mal haya el pérfido amigo
que la tranquilidad turba
de una casa, derramando
honda copa de amargura.

D.ª MARIA. Señora...

D.ª MARQUESA. Pero del rey
siente la indignacion justa,
y quien cometió tal crimen
es natural que la sufra.
¿Qué resultado tendrá,
Conde, el proceso?

CONDE. Aseguran
que muy fatal...

D.ª MARIA. (*Con vivo interes.*) Vos, nacido
en la mas ilustre cuna,
jamas podreis permitir
que en un cadalso sucumba
quien acero contra acero
os demostró su bravura.

CONDE. Señora...

D.ª MARQUESA. Doña María
su razonamiento funda,
en que un hombre como vos
perdonar sabe una injuria.

D.ª MARIA. Sí, Conde; en vuestra nobleza
hallo solo su disculpa.

Vos perdonareis. ¿No es cierto?
CONDE. ¡Jamas! Y aunque lo confunda
(*Ercilla en la puerta del fondo.*)
el infierno, bajaré
hasta el infierno en su busca.

ESCENA VII.

DOÑA MARQUESA. DOÑA MARIA. EL CONDE. ERCILLA, *que se adelanta pausadamente.*

ERCILLA. Aprovechad la ocasion,
(*Con frialdad: doña María se acerca á Ercilla y despues retrocede.*)
que es propicia, señor Conde.
D.ª MARQUESA. ¿De dónde venís, de dónde?
ERCILLA. Señora, de mi prision.
D.ª MARIA. Ercilla...
CONDE. ¿Vos, caballero,
(*Llevando la mano á la espada.*)
en mi presencia!
ERCILLA. (*Con frialdad.*) La mano
tened: porque fuera en vano
aqui sacar el acero.
Estas dos damas delante,
y, aunque provocais audaz,
mas que guerra pide paz
vuestro abatido semblante.
D.ª MARQUESA. ¡Oh! Dejadnos, por merced.
ERCILLA. Lo siento: mas por ahora
es imposible, señora.
D.ª MARQUESA. ¿Es imposible!
ERCILLA. Leed.
(*Presentándola un billete.*)
D.ª MARQUESA. «Libre, don Alonso, estás: (*Leyendo.*)
»abandonando la torre,
»á mi propia casa corre,
»y en ella me esperarás.
»Renuncia á toda violencia.
»De condicion sosegada
»muéstrate; mas que la espada
»conseguirá la prudencia.»

Firma mi esposo...

ERCILLA. Es asi.
Y para dar cumplimiento
á su espreso mandamiento,
tendré que esperarlo aqui.
Mas si en vuestro desagrado
incurro con tal desman...
por complacer á Bazan,
lo sufriré sosegado.

CONDE. Asi pecais de insolente
con una señora...

ERCILLA. (*Con fuerza.*) ¿Yo?

CONDE. Vos.

ERCILLA. ¡Mal nacido!... No, no.
(*Con enojo y serenándose despues.*)
Me ha dicho que sea prudente.

D.ª MARQUESA. ¡Ercilla!

D.ª MARIA. ¡Callad, por Dios!
(*A Ercilla.*)

ERCILLA. Callaré.

D.ª MARQUESA. ¿Estais decidido
á esperar?...

ERCILLA. Lo he prometido.

D.ª MARQUESA. Sígueme.
(*A doña María, y dirigiéndose á su habitacion.*)

D.ª MARIA. Madre mia.

D.ª MARQUESA. Y vos.
(*Indicando al Conde que la siga.*)

ERCILLA. Guárdeos el cielo, señora.
(*Con reconcentrado furor.*)

D.ª MARQUESA. Del rey siguiendo el mandato,
el matrimonial contrato
firmarán... de aqui á una hora.

(*Doña María y el Conde entran en la habitacion de la derecha: doña Marquesa dice los tres últimos versos parada en el dintel.*)

ESCENA VIII.

ERCILLA *da un paso hácia la cámara de doña Marquesa, pero se detiene antes de tocar el umbral.*

Conde, tened... Pero no,
ser prudente he prometido.
Y despues de haber vencido
al Conde, vénzame yo.
(*Se apoya en un sitial y queda pensativo.*
Es imposible. No hay calma
bastante á tantos desvelos.
El torcedor de los celos
¡ay! da tormento á mi alma.
¿Y para qué ha de sufrir
mi corazon su honda herida?
¿Merece acaso la vida
el tormento de vivir!
En vano su magestad
dicta tiránica ley,
que á la voluntad del rey
se opone mi voluntad.
Y si á la suya acomoda
que firmen hoy el contrato,
de veras al Conde mato
y se acabará la boda.
(*Una breve pausa.*)
No hay remedio, es su destino...
(*Dirigiéndose á la cámara de la derecha.*)

ESCENA IX.

ERCILLA. DON JUAN, *que le cierra el paso.*

D. JUAN. ¿Adónde vas?
ERCILLA. Yo lo sé.
D. JUAN. Detente.
ERCILLA. (*Con enojo.*) Señor, ¿por qué
andais siempre en mi camino?
D. JUAN. (*Sentándose.*)
Si no lo llevas á mal,
ni con ello te molesto,

suaviza el sañudo gesto
y aproxima aquel sitial.
¿Qué dudas?

ERCILLA. (*Con dureza.*) Sé que ante vos
me corresponde de pie
estar, y asi quedaré.

D. JUAN. ¿Asi estarás?

ERCILLA. Sí, por Dios.

D. JUAN. Pues escucha: en el jardin
una cuenta comenzamos,
y ahora, que solos estamos,
juntos la daremos fin.

ERCILLA. Vuestra palabra empeñada (*Con energía.*)
me teneis...

D. JUAN. La cumpliré.
En el jardin te encontré
con una sangrienta espada.
Te pareció mi presencia
muy sospechosa ó estraña,
y opuse á tu loca saña,
don Alonso, mi prudencia.

ERCILLA. No rindiérais mi porfía
sin la real sangre que vi
en vos; no. Estábais alli...

D. JUAN. Calla.

ERCILLA. Por doña María.
Y quien pretende su amor,
á la muerte corre ciego.

D. JUAN. Si he de proseguir, te ruego
que refrenes tu furor.

ERCILLA. Hablad.

D. JUAN. La puerta ganaste,
porque con una luz gente
se acercaba, y frente á frente
de un buen hombre me dejaste.
Al Conde buscaba. Yo,
por entre el verde ramage,
lo conduje hasta el parage
en que tu rival cayó.
Puse al momento mi diestra
sobre el pecho del herido,
y un perezoso latido

percibí, de vida muestra.
Al cuidado lo entregué
de Nuño, á quien iracundo,
el secreto mas profundo
con torbo ceño encargué.
Túvome por agresor.
No desmentí su sospecha;
y partí, como una flecha,
para confirmar su error.
Volvió en sí el Conde; su lance
contó, con torpe malicia;
y la implacable justicia
fue, don Alonso, en tu alcance.
Te encerraron...

ERCILLA. Merecí,
por entonces, la fineza
de un billete á vuestra alteza.

D. JUAN. Un billete... (*Con indiferencia.*)

ERCILLA. Decia asi:
«No querrás, noble y valiente,
negar que has herido al Conde.
Mas callar te corresponde;
pues el que calla no miente.»

D. JUAN. Yo lo escribí...

ERCILLA. (*Con acento sombrío.*) ¿Y tambien vos
roto habeis mi prision fiera?

D. JUAN. (*Con alegría.*)
Ercilla, de una manera
harto ingeniosa, por Dios.
Mi hermano de mal talante
iba mirando el proceso,
tú permanecias preso
y andaba el Conde triunfante.
Para Nuño, tu inocencia
clara, cual la luz del dia
estaba, y le remordia
mas de una vez la conciencia.
Dejar las cosas asi
no era justo; y en mi afan
á Gil Sanchez de Bazan
esta mañana escribí.
Supo cuanto era del caso.

Nuño y Beatriz ante el juez
declararon, y á la vez
salimos todos del paso.
Pues llenando mi deseo,
falló el juez, como prudente,
que tú estabas inocente
y yo aparecia reo.
Castigarme no es razon
cuando hago falta en la guerra;
echarán al lance tierra,
y acabóse la cuestion. (*Pausa.*)

ERCILLA. ¿Quereis darme otra señal (*Conmovido.*)
de afecto, señor?...

D. JUAN. Pedid.

ERCILLA. En mi corazon hundid,
hasta el pomo, este puñal.
(*Presentándoselo.*)

D. JUAN. Loco estás.

ERCILLA. (*Con acento sombrío.*)
Morir, señor,
debe, quien noble ha nacido,
y no puede agradecido
vivir á vuestro favor.
Quien, en su saña homicida
esclavo de triste suerte,
quisiera daros la muerte,
y os debe, señor, la vida.
Quien en su acerba amargura,
para dar al pecho calma,
quisiera...

D. JUAN. Pondré en tu alma
paz, gratitud y ternura.

ERCILLA. Imposible. (*Con amargura.*)

D. JUAN. Escucha. Amé...

ERCILLA. ¡Silencio!

D. JUAN. Ercilla, amé un dia
la hermosura de María.

ERCILLA. ¡Don Juan!...

D. JUAN. Mi pasion callé.

ERCILLA. ¿Y á ese amor!...

D. JUAN. Mi voluntad
firme estinguió desde luego,

á impulso del santo fuego
de una naciente amistad...
Y por tu amistad...

ERCILLA. Perdon.

D. JUAN. ¿De qué? No me has enojado.

ERCILLA. ¡Hasta dónde me ha llevado
esta terrible pasion!
A vos en mi frenesí
os odié, siendo tan loco,
que tuve, señor, en poco
á Somaro, que está allí.
(*Señalando á la derecha.*)
¡Allí los dos!... ¡Allí estan!
(*Queriendo entrar.*)

D. JUAN. Detente.

ERCILLA. Prentende en vano
estrechar tan bella mano
mientras yo vivo.

D. JUAN. Bazan.

ESCENA X.

ERCILLA. DON JUAN. BAZAN.

BAZAN. (*Al príncipe, entregándole un pliego.*)
Vuestras órdenes cumplidas
quedan.

D. JUAN. ¿Y el notario?

BAZAN. Aguarda.

D. JUAN. Tu esposa, doña María
y el Conde en aquella cámara
estan.

BAZAN. Pasaré en su busca.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA XI.

ERCILLA. DON JUAN.

ERCILLA. Señor, os pido una gracia.

D. JUAN. ¿Cuál es?

ERCILLA. Ruego á vuestra alteza,

que abandonando esta estancia...
D. JUAN. ¿Para qué?
ERCILLA. Para el contrato
firmar yo de un modo...
D. JUAN. Basta.
Por mi amor te ruego, Ercilla,
que pongas freno á la saña;
¡y vive Dios! que aqui todos
haremos lo que el rey manda.

ESCENA XII.

ERCILLA. DON JUAN. BAZAN. DOÑA MARIA. DOÑA MARQUESA. EL CONDE.

BAZAN. Cuando cumpla á vuestra alteza.
D. JUAN. Vénia toma de las damas.
D.ª MARQUESA. Prontas estamos...
D.ª MARIA. ¡Dios mio!
BAZAN. (*Acercándose á la puerta del fondo.*)
Notario.
ERCILLA. No ha de ser...
D. JUAN. Calla.

ESCENA XIII.

ERCILLA. DON JUAN. BAZAN. DOÑA MARIA. DOÑA MARQUESA. EL CONDE. EL NOTARIO, *que á una señal del príncipe se aproxima á una mesa, y estiende algunos pergaminos.*

D. JUAN. (*Al Notario.*)
¿Puede firmarse?
NOTARIO. Al instante.
D. JUAN. Pues que el Notario lo afirma,
llegue y estampe su firma.
D.ª MARQUESA. ¿Quién, señor?
D. JUAN. El contratante.
CONDE. (*Dirige la palabra á doña María con afectada galantería y cruel sarcasmo.*)
Gozoso, señora, ufano
con mi felicidad suma,

acerco al papel la pluma.

D. JUAN. (*Don Juan y Ercilla se acercan á un tiempo á la mesa, y el príncipe tiende su diestra sobre el contrato.*)
No dejeis correr la mano.

CONDE. Señor, ¿con qué autoridad
osais resistir la ley
del soberano?

D. JUAN. (*Dando un pliego á Ercilla.*)
Del rey
es esta la voluntad.

ERCILLA. (*Leyendo.*)
«Pides, como condicion
para encargarte del mando
de la escuadra que esperando
está izar tu pabellon,
que dé á Ercilla desde luego,
para calmar su agonía,
la mano de... de María;
y atiendo, hermano, á tu ruego,
porque, sin tí, en la campaña
tendrá, contra los infieles,
el mando de los bageles
Roma ó Venecia y no España.
Contemplando mi nacion,
humillada al par que fiera,
flotar estraña bandera
sobre el hispano pendon.
Y asi, con dolor profundo,
por el honor castellano,
cede al ruego de su hermano
el rey Felipe segundo.»

CONDE. (*Con despecho.*)
Mal haya la magestad
que asi quebranta su ley.

ERCILLA. ¡Villano! (*Con furor.*)

D. JUAN. (*Con tranquilidad, y señalando al Conde la puerta de salida.*)
Acate del rey
la suprema voluntad.

ESCENA XIV.

ERCILLA. DON JUAN. BAZAN. DOÑA MARIA. DOÑA MARQUESA. EL NOTARIO.

D.ª MARIA. Señor...
ERCILLA. (*Estrechando la mano del príncipe.*)
Gracias... Pero...
D. JUAN. ¿Qué?
ERCILLA. (*A don Juan aparte.*)
(Vos la amais... vuestro reposo...)
D. JUAN. (*A Ercilla lo mismo.*)
(Yo no puedo ser su esposo.
Recibe su mano y fé.)
ERCILLA. (*A don Juan idem.*)
(Y sufrireis...)
D. JUAN. (*En voz alta.*) Firma... Y vos
firmad, sin temor ni duelo.
(*Firma Ercilla, y despues doña María.*)
D.ª MARIA. Señor, un angel del cielo
sois, emanado de Dios.
D. JUAN. Puede ser. Ahora, Bazan,
abandonemos la tierra;
y por la mar, cruda guerra
hagamos al musulman.
BAZAN. Partamos. Clarin sonoro
despierte mi marcial brio.
ERCILLA. Y yo tambien, padre mio,
iré á lidiar contra el moro.
Del amor la dulce ley
me vencerá un solo dia:
si hoy sirvo á doña María,
mañana serviré al rey.
D. JUAN. (*Desciñéndose la espada.*)
Alonso, ciñe mi acero.
En tan solemne ocasion
lo juzgo el mas rico don
que puedo hacer á un guerrero.
ERCILLA. Juro en la cruz de esta espada
que su toledana hoja,
en sangre enemiga, roja
verá la invencible armada.

D.ª Maria. Partid: el santo ardimiento
que á vuestros pechos inflama,
ahora, aunque tímida dama,
tambien en mi pecho siento.
Corre, Ercilla, á la victoria,
soldado noble y leal;
y mi corona nupcial
será el laurel de tu gloria.



